

Selección

TERROR

EL ESPEJO DEL MAL

BURTON HARE


SELECCION
TERROR

BURTON HARE

EL ESPEJO DEL MAL

Colección
SELECCION TERROR n.° 225 Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

220 — Pueblo de cadáveres - *Curtis Garland*
221 — El reino del miedo.- *Ada Coretti*

222 — Un diablo suelto. - *Clark Carrados*

223 — Un dulce hogar en el infierno. - *Silver Kane* 224 — El espectro de Farmoor. - *Kelltom McIntire*

ISBN 84-02-02506-4

Depósito legal: B. 16.789 - 1977
Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: junio, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

CAPITULO PRIMERO

La estación del ferrocarril parecía perdida en la sombría noche, sumergida en la negrura que envolvía el mundo.

Harry Jordan descendió del tren y miró la absoluta desolación del andén. Nadie más se apeó. Ningún otro viajero pareció dispuesto a compartir con él aquella helada soledad.

Alguien, en el extremo de la plataforma de madera, agitó un farolillo y el convoy volvió a ponerse en marcha resoplando y vomitando nubes de vapor.

Jordan pensó si no se había equivocado. Aquella estación parecía tan aislada como si no hubiera un lugar habitado en mil millas a la redonda.

Al fin, tomó su maleta y anduvo hacia el extremo donde brillara la luz. Sólo que para entonces ya no había nadie a la vista.

Cambió de dirección, buscando la puerta iluminada del despacho de billetes. Golpeó los cristales porque estaba cerrada.

Una cara pálida apareció al otro lado y le miró como sorprendida de que hubiera un viajero en ese lugar perdido.

Tras una vacilación, el dueño de la cara abrió la puerta y gruñó:

—No vi que se apeara nadie. Disculpe.

—Estaba demasiado oscuro. Yo tampoco le vi a usted, sólo su luz de señales.

—Bueno. ¿Va usted al pueblo? Aunque ésa es una pregunta idiota, puesto que no hay otro sitio a donde ir.

—Mi destino es Kingsdale Manor. Me dijeron que debía apearme en esta estación, así que le agradeceré que me indique...

El hombre de la estación se echó atrás, como atemorizado.

—¿Va usted a Kingsdale Manor? —balbució.

—Eso dije.

—¡Dios me asista! No seré yo quien le guíe hacia su propia perdición, caballero.

Harry Jordan creyó que no había oído bien, o que el hombrecillo de cara lívida intentaba gastarle una broma.
—¿De qué habla? —exclamó—. Sólo le pido una indicación para hallar el camino...

—El camino del infierno, señor.
—¿Cómo?

—Nadie en sus cabales iría a ese lugar, y mucho menos de noche.
—Ya veo... supongo que estará poblado de fantasmas y cosas así —se burló el viajero.

—Nadie sabe lo que son, de lo que sí estamos seguros, caballero, es de que no son cosas de este mundo.
—Pamplinas. Quiere indicarme el camino, ¿sí o no?
—No, señor.

—Eso se me antoja una estupidez. De cualquier modo, iré al Manor, así que no comprendo su absurda negativa.

—Mire, usted haga lo que quiera. Es su cordura o su vida la que arriesga. Pero yo jamás me perdonaría haberle ayudado a destruirse..., así que tome ese camino de la derecha

y llegará al pueblo al cabo de media milla. Allí, pregunte, aunque dudo que nadie quiera guiarle.

Harry Jordan suspiró:

—Pues sí que es un lugar divertido éste, amigo —comentó, zumbón—. No creí que aún existieran gentes tan crédulas en estos tiempos.

—Usted no sabe nada de lo que ocurre en Kingsdale Manor, por eso habla con tanta despreocupación. Si quiere un buen consejo, no vaya allí. Sale otro tren a las ocho de la mañana que puede usted tomar de regreso a donde sea que tenga su hogar...

—Acepto siempre los consejos, aunque nunca los sigo. De cualquier modo, gracias por su ayuda. O por sus buenas intenciones. Veré si en el pueblo tengo mejor suerte.'

Cargó con la maleta y echó a andar. Pudo notar perfectamente la mirada desolada del empleado ferroviario, siguiéndole hasta que le perdió de vista al sumergirse en las tinieblas.

Jordan estuvo a punto de echarse a reír por todo aquello. Había imaginado un fin de semana aburrido y monótono, entregado a su trabajo, y se encontraba con que el lugar a donde se dirigía estaba poblado por espantables fantasmas. Fantasmas que por lo visto habían atemorizado a toda la comarca, si había de creer en las palabras del hombrecillo.

Apenas veía el sendero en una noche sin luna ni estrellas. Para colmo, cuando a lo lejos vio algunas luces anunciando la situación del pueblo que buscaba, empezó a llover mansamente.

Jordan maldijo entre dientes y se ajustó el *macferlán.* Apresuró el paso y al llegar a las primeras casas sus zapatos estaban cubiertos de barro.

Se sorprendió del aspecto de las casas y de la inmensa soledad de las calles. Eran apenas las diez de la noche y 110 pudo ver un alma en ninguna parte.

Las casas aparecían cerradas y oscuras. Sólo en alguna que otra ventana alta había luz, que los cortinajes tamizaban hasta casi impedir que se filtrara al exterior.

Cuando descubrió el rótulo oscilante de una posada apenas dio crédito a sus ojos. Llamó a la puerta con la lluvia golpeándole la cara, y cuando abrieron ni siquiera saludó, presuroso por escapar al aguacero que arreciaba.

La mujer que le había franqueado la entrada cerró y se quedó mirándole con simpatía.

—Se ha puesto usted bueno, señor —comentó—. ¿Llegó en el tren?
—Seguro. ¿Es que hay otro modo de llegar a este desierto?

—Comprendo que esté disgustado... ¿Desea tomar algo sólido antes de acostarse? De lo contrario, subiré a calentar su cuarto. En esta época llegan pocos viajeros, ¿sabe usted? Sólo tenemos un sacerdote que se va mañana en el tren de las ocho, y un caballero que vino por asuntos de una herencia o algo así. Y ahora usted, claro...

Jordan cortó el río de palabras con un gesto.

—No quisiera pasar la noche aquí. Ya voy con retraso y no quisiera

que se formaran una idea equivocada de mi seriedad comercial.

—Si no pasa aquí la noche, ya me dirá dónde va a dormir... No hay otra posada en toda la comarca.

—Mi destino es Kingsdale Manor. Quisiera llegar allí esta noche. La obesa posadera dio un respingo y palideció.

—¿A Kingsdale Manor? —dijo en un susurro.

El asintió, quitándose el *macferlán* de los hombros y dejándolo sobre el respaldo de una silla, frente a la chimenea encendida.

—No puedo creer que vaya usted allí de noche, señor.

Se volvió, sorprendido por esa nueva muestra de la superstición lugareña.

—No me hable de fantasmas usted también, señora —dijo, comenzando a fastidiarle tanta insistencia—. El empleado de la estación ya me dio todo un curso al respecto.

—Nadie se atreve a ir a Kingsdale Manor, caballero. Y le hablo con sinceridad si le digo que yo me dejaría cortar una mano antes que poner los pies en aquel antro.

—¿Por qué?

La mujer le miró desconcertada.

—No sé... —balbució—. Nadie lo sabe, pero todo el mundo cree que el Manor es la entrada del infierno.

—¿Y las gentes que viven allí, son demonios con cuernos y rabo acaso?

—Usted no lo toma en serio.

—Ya puede jurar que no. Si parase de llover...

Pero eso parecía bastante problemático, porque la lluvia era cada vez más espesa y crepitaba ruidosamente contra los cristales de las ventanas.

—Aprovecharé para comer un bocado, si no le causa demasiada molestia —decidió, sentándose a una mesa próxima a las llamas del hogar.

—Le prepararé algo apetitoso, ya lo verá.

—Entretanto, una cerveza creo que me sentaría de maravilla.

La mujer se apresuró a servirle, pero Jordan advirtió que cada vez que le dirigía la mirada lo hacía con una expresión de pena, cual si le considerara irremisiblemente condenado.

Era curiosa la mentalidad de esas gentes, en pleno siglo XIX. Creer en fantasmas, demonios, infiernos en la tierra y tonterías semejantes...

Mientras saboreaba la cerveza encendió un cigarrillo. De pronto sorprendió un movimiento fugaz al otro lado de los cristales, y un instante después unos golpes recios retumbaron en la puerta.

Ante la tardanza de la posadera, Harry Jordan se levantó y abrió. Un hombre vestido de negro se coló por su lado como una ráfaga de aire.

—Hermosa noche para ahogarse —rezongó, dirigiéndose hacia el fuego.

Jordan cerró de nuevo y regresó a su mesa. El desconocido era alto, delgado y fuerte. Llevaba una larga capa negra que le cubría por completo, y cuando se volvió de cara a él, Jordan, descubrió que también su traje era negro, de buen corte. Además, el desconocido poseía porte distinguido, casi altanero.

—Es una noche de perros, en efecto —comentó, creyéndose obligado a decir algo, ya que el hombre le miraba fijamente.

—No puede uno fiarse del tiempo. Usted es el señor Jordan, si no me equivoco. El aludido casi se levantó impulsado por la sorpresa.

—¿Cómo puede conocerme usted, si jamás nos habíamos visto antes?

El hombre vestido de negro no replicó, limitándose a mirarle con aquellos ojos fríos y desapasionados.

Luego, al fin, dijo:

—Sabía que usted iba a venir. Eso es todo. Imaginé quién era al pensar que no suelen llegar muchos viajeros a esta parte del país.

—Eso no explica su seguridad al identificarme. El otro se encogió de hombros.

Al fijarse mejor en él, Jordan arrugó el ceño. Llovía con violencia, de eso no cabía duda porque la lluvia golpeaba los cristales con creciente furia. Sin embargo, la capa y el traje del misterioso individuo estaban secos. No había una sola gota de agua sobre él.

Pensó que quizá se tratara de un nuevo tipo de tejido, pero en cualquier caso era un misterio asombroso porque nunca había oído hablar de unas ropas con tan gran cualidad.

El hombre dejó de calentarse la espalda en las llamas y se aproximó a la mesa.

—¿Le importa que tome asiento? —dijo con amabilidad, con aquella voz profunda—. Quiero hablar con usted.

—Siéntese, por supuesto. ¿Ha cenado ya?
—Sí, gracias.

—Entonces, ¿desea beber algo, una cerveza, vino...?

—Una copa de vino, gracias. Pero no tengo prisa.

Se quedó mirando a Harry Jordan como si quisiera gravar en su mente las facciones correctas de su anfitrión.

—¿Cuánto tiempo piensa quedarse en Kingsdale Manor? La súbita pregunta hizo dar un respingo a Jordan.

—Sólo este fin de semana. Si sabe tanto de mí, ya habrá averiguado también cuál es mi especialidad.

—Por supuesto. Tasador de obras de arte y antigüedades, s' no me equivoco. Jordan iba de sorpresa en sorpresa.

—Ciertamente —murmuró, estupefacto.
—Pero usted se quedará algunos días más —dijo el desconocido.

—Eso no, señor. Sólo el fin de semana. Me sobrará tiempo para la tasación, aunque existan muchas piezas para examinar.

La llegada de la posadera cortó el diálogo. La mujer traía unos platos, pan y cubiertos, que colocó delante de Jordan sin dejar de

mirar con curiosidad al hombre vestido de negro.

Al fin le espetó:

—No le oí llegar, señor. ¿Va a cenar también?

—No, gracias. Sólo una copa de buen vino.

Ella aún permaneció unos instantes mirándole intrigada. Luego, con una profunda arruga cruzándole la frente, se alejó.

—Sé que permanecerá usted algún tiempo en el Manor —insistió entonces el hombre vestido de negro—. Pero eso no importa demasiado para nuestro negocio.

—Aún no sé nada de ese negocio. Ni creo que me interese, caballero.

—Mi nombre es Lowell Blaine.

—Bien, señor Blaine; digo que no me parece correcto hablar de negocios con usted. Me debo al señor Kingsdale, que es quien contrató mis servicios, de modo que todo cuanto haga en su casa...

—No me ha entendido. Usted va a valorar una serie de obras de arte, una colección de antigüedades... Está considerado como el mejor experto tasador de Inglaterra. Bien, quiero que compre un cuadro a los Kingsdale. Un cuadro para mí.

—Temo que...

—Usted lo hará. Es una operación perfectamente legal, correcta. Usted pagará el valor real del lienzo. Su auténtico valor, si es que artísticamente tiene alguno. Luego, me traerá ese cuadro y obtendrá un saneado beneficio.

—No entiendo nada. ¿Qué cuadro es el que quiere usted adquirir?

El hombre que se había presentado a sí mismo como Lowell Blaine se echó atrás en la silla. Apenas sin mover los labios, musitó:

—El retrato de Satanás, señor Jordan.

CAPITULO II

El estupor le dejó mucho más tiempo del que habría deseado. Luego, reaccionó casi con violencia.

—Está burlándose de mí, naturalmente —gruñó—. No me parece una actitud en verdad correcta, señor Blaine.

—Nada más lejos de mi intención que burlarme de usted. En absoluto. Pero hay un gran cuadro en Kingsdale Manor, reproduciendo la imagen del Príncipe de los Infiernos. Quiero que compre usted ese cuadro y me lo traiga. Pague lo que honestamente crea usted que vale. Sobre ese precio, usted ganará cien libras esterlinas.

Harry Jordan se quedó petrificado.

—¿Cien libras, sólo por traerle ese cuadro?

—Ni un penique menos.

—No lo entiendo. Si tiene tanto interés en comprarlo, ¿por qué no hace usted una oferta razonable a su propietario?

El hombre vestido de negro se echó atrás en la silla. Por primera vez pareció perder una parte de su aplomo.

—No me permitirían siquiera pisar el umbral del Manor. Cosas de mala vecindad, ya sabe usted. Rencillas que pasan de generación en generación... No, señor Jordan; jamás me venderían a mí ese cuadro.

La posadera trajo el vino pedido por el desconocido. Le sirvió sin dejar de examinarlo con extremada curiosidad. Luego, como a regañadientes, se alejó de nuevo.

Por la puerta que comunicaba con las dependencias interiores apareció un enorme mastín de ojos salvajes, que tras dar un vistazo a su ama, sorteó las mesas' aproximándose a los dos hombres.

Jordan dijo:

—Suponga usted que el señor Kingsdale no quiere desprenderse de esa pintura...

—La venderá... ¡Tiene que vendérsela! —añadió con feroz apasionamiento.

—Me sorprende que cuando me describió las pinturas y objetos de arte que deseaba tasar, el señor Kingsdale no hablara una palabra de ese cuadro de Satanás.
—Tal vez lo olvidó.

El perro había llegado al lado de Jordan. Olisqueó las perneras húmedas de sus pantalones y luego se restregó contra sus piernas.

Jordan le acarició las orejas instintivamente, distraído y preocupado por la extraña exigencia de su compañero de mesa.

El perrazo se apartó, satisfecho. Sin embargo, al rodear la mesa, se inmovilizó de pronto. Quedó tan tenso como un perro de muestra y un sordo gruñido escapó de las profundidades de su garganta.

Jordan le observó, un tanto inquieto.

—¿Qué te pasa, muchacho? Tranquilízate..., nadie quiere hacerte daño. Inesperadamente, el perro dio un salto atrás, con todo el pelaje erizado. Soltó un

largo, fúnebre y siniestro aullido y al fin giró sobre sus cuartos traseros y salió de estampida.
En un segundo hubo desaparecido.

—¿Qué diantre le ocurre a ese animal? —masculló Jordan—. Estaba muy tranquilo mientras le acariciaba las orejas...

—Olvídelo. Quisiera hacerle comprender cuán importante es para mí conseguir el cuadro de Satán, señor. Sin embargo, hay situaciones muy difíciles de explicar de modo comprensible...

—Me parece que a quien habría que convencer de su capricho es al señor Kingsdale. Usted da por hecho que yo puedo comprar el cuadro en cuestión, pero olvida que es muy posible que no deseen venderlo. ¿Ha pensado en eso?

Lowell Blaine se estremeció. Una mirada vacía asomó unos instantes a sus ojos negros y fulgurantes, hasta el punto que parecieron apagarse de pronto.
—Tienen que venderlo —susurró, como si hablara consigo mismo.

—En realidad, ignoro cuáles son las intenciones de los Kingsdale, señor Blaine. Lo cierto es que sólo me hablaron de una tasación. Querían conocer el valor actual de algunos cuadros y antigüedades

que hay en su mansión. Pero en ningún momento dijeron que sus intenciones fueran vender una sola pieza.

Blaine permaneció quieto, como concentrado en sus lúgubres pensamientos.

—Tiene que ser ahora —musitó—. Otra eternidad sería horrible...
—¿Cómo dice?

Sacudió la cabeza, aturdido.
—Lo siento, por unos instantes me olvidé de su presencia, señor Jordan.

La posadera apareció repentinamente. Parecía indignada cuando se acercó a la mesa.

—¿Qué le hicieron a mi perro, caballeros?
Los dos la miraron asombrados.
Jordan balbució:
—Nada..., sólo le acaricié las orejas. Es un bonito ejemplar.
—Algo le hicieron.

—Le aseguro que no, señora. ¿Por qué, le sucede algo malo?

—¡Y usted que lo diga! Está temblando, acurrucado en un rincón de la cocina con todo el pelo erizado. Cualquiera creería que le pegaron una paliza, o que vio al diablo. Es la primera vez que le pasa una cosa así.

—Lo siento mucho, pero estoy diciéndole la verdad. Sólo le acaricié las orejas. Pero ahora recuerdo que de repente lanzó un aullido y se fue corriendo..., como si algo le hubiera asustado.

—No es normal. Le aseguro que es un perro valiente. En invierno, cuando la tierra es un manto de nieve, ha peleado incluso con lobos salvajes, venciéndoles si se han atrevido a llegar hasta los corrales. Y ahora... No lo comprendo...

Lowell Blaine cortó, impaciente:

—Está bien, señora, son cosas de animales. Ya se le pasará. La llamaremos si necesitamos alguna otra cosa.

Ofendida, ella pareció dispuesta a replicar, pero acabó por alejarse

refunfuñando entre dientes.
Jordan comentó:
—No fue usted muy amable con ella, señor Blaine.

—Me irritan esas charlatanas... Volviendo a nuestro negocio, señor Jordan, ¿qué

decide?

—Mire, si el señor Kingsdale muestra intención de vender ese cuadro de Satán, lo compraré al precio que considere justo. En caso contrario, no podré hacer nada por complacerle a usted.

—¡Pero es que tiene que complacerme! —la voz firme del hombre vestido de negro tembló y le costó un visible esfuerzo controlarla de nuevo—. Lo siento..., quise decir que es de vital importancia para mí esa pintura.

—Trato de comprenderle, por supuesto, pero no lo consigo. Uno puede tener un interés sentimental por un cuadro cuando es el retrato de un familiar, de un antepasado...
Incluso de un viejo amor. Pero un retrato de Satán... De veras que es chocante.

—Le he confiado todo lo que está en mi ánimo confiarle. Unicamente me queda pedirle encarecidamente que haga cuanto pueda por conseguirlo. Haga una oferta a su discreción, si no desean venderlo. Ofrezca más de lo que valga. El dinero no importa, señor Jordan. Cualquier precio que usted fije, estará bien para mí.

—Sorprendente. Y sobre lo que yo ofrezca, usted añadirá cien libras para mí...

—Cien, doscientas, ¿qué importancia tiene eso? Le repito que el dinero no tiene absolutamente ninguna importancia.
—Está bien, lo intentaré. ¿Dónde podré ponerme en contacto con usted, señor Blaine?

—Aquí... o en cualquier otro lugar. Yo estaré en comunicación con usted en todo caso. Jordan se encogió de hombros. Había cenado y bebido, y una ligera euforia le llenaba
por dentro con su calorcillo.

—Muy bien, no soy un hombre rico como para despreciar un beneficio tan grande, así que si esa pintura está en venta, usted la

tendrá.

Blaine no pudo evitar un suspiro de alivio.

—Gracias —musitó—. No lo olvidaré nunca, señor Jordan. Soy un hombre agradecido y generoso.

—De eso me doy cuenta con sólo pensar en su oferta.

La mirada del extraño desconocido fulguraba de nuevo con aquella asombrosa vitalidad que le caracterizaba.

De pronto dijo:

—He de irme, señor Jordan. Pero estaré cerca de usted cuando traiga el cuadro...

—Dígame una cosa, señor Blaine. Es pura y simple curiosidad, pero me sorprendió mucho verle llegar con sus ropas secas por completo. Estaba lloviendo a mares cuando usted entró...

Blaine le miró con los ojos entrecerrados.

—Deben ser figuraciones suyas, amigo mío. Tengo las ropas secas gracias al calor de la lumbre, pero nada más.

Rebuscó debajo de su amplia capa negra y de pronto sacó una abultad bolsa de gamuza.

—Espero que sea suficiente para pagar esa pintura, señor Jordan. No obstante, si necesitase usted más, venga aquí cualquier noche, a esta misma hora, y tendrá todo el dinero que precise.

Dejó la bolsa sobre la mesa, hizo una rígida inclinación de cabeza y se dirigió a la puerta con pasos resueltos.

En aquel instante, allá fuera y entre el batir de la lluvia, se oyó el rechinar de unas ruedas y el chapoteo de los cascos de varios caballos.

Blaine se detuvo un instante, como si dudara entre abrir la puerta o no.

La posadera surgió presurosa de la cocina. Casi apartó al hombre vestido de negro en su precipitación para franquear la entrada a sus nuevos clientes.

Tras una última mirada hacia Jordan, Blaine cruzó el umbral y

hundiéndose en la noche y el aguacero se desvaneció en la oscuridad.

Jordan oyó voces, y los gritos del cochero como discutiendo con sus caballos. Luego, la posadera entró cargada con una pequeña valija. Tras ella apareció una muchacha, y cerrando la marcha, un sirviente llevando una maleta.

Pero Jordan no tuvo ojos más que para la muchacha.

No recordaba haber visto jamás una criatura tan bella, tan exquisitamente sugestiva como aquella que se dirigía a la lumbre con una alegre sonrisa en su delicioso rostro.

El cochero dijo algo de llevar los caballos al establo y se fue otra vez, discutiendo con la posadera.

La muchacha acercó las manos al fuego y suspiró de placer. Jordan comentó:

—En una noche como ésta, la lumbre es una delicia...

Ella le miró de soslayo. Sonrió.

—Ciertamente, caballero. Estaba aterida de frío.

—Mala noche para viajar por esos caminos.

—Tuvimos mala suerte. El coche perdió una rueda, y antes de que el cochero pudiera volver a colocarla se hizo de noche, de lo contrario a estas horas estaríamos ya en casa.

—¿Lejos de aquí?

—¿Cómo?

—Su casa...

—No es mi casa, realmente. Voy a Kingsdale Manor. Jordan se quedó paralizado de estupor.

—Usted también —balbució al fin—. ¿No teme a los fantasmas? Oh, bueno, disculpe..., se me contagió la superstición lugareña.

Ella se irguió. Ya no sonreía, más bien parecía un tanto molesta. Jordan se apresuró a decir:

—Le pido disculpas nuevamente, señorita.

—¿Qué quiso decir al mencionar los fantasmas de Kingsdale

Manor?

—Al parecer, los lugareños están convencidos de que existen. Por lo menos, hicieron cuanto pudieron para hacérmelo creer a mí.

—¿Por qué a usted?

—Yo también me dirijo a Kingsdale Manor, señorita. Ella enarcó sus negras cejas.
—¿De veras?

—Me llamo Harry Jordan. Soy tasador de obras de arte y antigüedades, ¿sabe usted? El señor Kingsdale me contrató para este fin de semana.
—¿Para una tasación?
—Naturalmente.

—No sabía que quisiera vender sus queridas obras de arte.

—Observe usted que yo no dije nada de vender o comprar. Sólo se trata de una tasación.
Ella cabeceó, pensativa.

Sólo entonces, Jordan observó que encima de la mesa había quedado la bolsa de gamuza con el dinero de Blaine. Con un gesto natural, la tomó, guardándola en uno de los profundos bolsillos del *macferlán.*

Luego dijo:

—Me alegra mucho su llegada, señorita, por cuanto podrá guiarme hasta Kingsdale Manor. Las gentes de por aquí se niegan a darme ninguna indicación, empujadas por sus supersticiones.

—No lo comprendo. Siempre envidiaron la posición de mi familia, pero nunca mostraron ninguna animosidad...

—Su familia...

—Disculpe. Me llamo Jackeline Douglas Kingsdale. El actual propietario de Kingsdale Manor, es mi tío.

—En este caso, no cabe duda de que su llegada aquí es providencial. Ya desconfiaba de llegar a destino esta noche...
Ella sacudió la cabeza.

—No llegará usted esta noche —dijo—. Mi cochero no ha estado nunca en el castillo, y el camino es peligroso de noche, si se desconoce. Por eso nos hemos detenido aquí, para esperar a mañana.

—¿Qué clase de peligro acecha en el camino? Ella sonrió.

—No son esos fantasmas de que habló usted antes, sino las ciénagas. Kingsdale Manor se levanta en una loma, entre los lagos Fingelan, y éstos convierten una gran extensión de tierra en verdaderos pantanos.

—Comprendo.

Ella se apartó de la lumbre y dio un vistazo a la puerta. Jordan se había levantado y tras una vacilación, aproximó otra silla a la mesa.

—Acepte mi hospitalidad mientras espera a la posadera, señorita Douglas. De paso le diré que ella es una de las convencidas del maleficio de Kingsdale Manor.

La muchacha sonrió, divertida.

—Si hay fantasmas, o duendes, deben ser de reciente aparición, porque cuando yo viví en el Manor no recuerdo haber visto ninguno. Claro que hace mucho tiempo ya que estoy ausente..., pero me resisto a creer en esta clase de atracciones, ¿no le parece a usted que esa creencia es ridícula?

—Absolutamente ridícula, por cierto.

—Le preguntaré a tío George cómo nació esa superstición —murmuró la muchacha, pensativa—. Es cierto que esta comarca siempre ha sido propensa a creer en seres del otro mundo, diablos espantables, brujas y cosas así.. Pienso que eso se debe a la configuración del terreno, ¿sabe usted? En otoño se levantan espesas nieblas de los pantanos, y el suelo se vuelve tan blando que si uno no anda con cuidado puede desaparecer tragado por las ciénagas. En esas noches, los árboles semejan fantasmas,

desde luego...

—¿Hace mucho tiempo que falta usted de Kingsdale Manor, señorita Douglas?

—Diez años —sonrió ante el gesto de sorpresa de él y añadió—: Tenía once años cuando quedé huérfana. Mi tío decidió que mi educación debería ser completa en todos los sentidos y me envió a un internado suizo. Mi tío siempre decide lo que deben hacer los demás.

—Comprendo. ¿Sabe su tío que regresa usted?

—¡No tiene ni una mínima idea. Va a llevarse una buena sorpresa, pero ya es hora de que le haga comprender que he alcanzado la edad de decidir por mí misma respecto a mi vida.

—Veintiún años...

—Lo dice usted como si fuera un anciano decrépito y sintiera nostalgia de su juventud perdida —comentó Jackeline, riéndose.

—Por lo menos, dejé atrás esa edad hace mucho tiempo.

—Claro, se le nota.

—Se ríe usted de mí.

—Me parece un anciano tan decrépito, a sus... ¿Veintisiete años tal vez?

—Treinta.

—Ya me parecía a mí...

De nuevo rió y a él se le antojó que aquella risa era el repiqueteo de mil campanillas de cristal.

El regreso de la posadera impidió que Jordan replicase.

La muchacha eligió una cena ligera y encomendó que le fuera servido al cochero lo que pidiera.

Tras esto, encargó también alojamiento para ambos.

La gorda propietaria de la posada resplandecía de satisfacción. Volviéndose hacia Jordan, preguntó:

—¿Insiste usted en continuar su camino esta noche, caballero?

—No. Me quedaré aquí hasta mañana.

—Estaba segura que se rendiría usted al buen sentido.

El se echó a reír cuando la mujer hubo desaparecido en la cocina.

—Está segura realmente de que me impresionó con sus fantasmas

—comentó—. Cuando lo cuente en Londres no van a creerme.
Durante unos minutos, la conversación languideció.

Luego, mientras la muchacha tomó su ligero refrigerio, Jordan se limitó a mirarla, extasiándose más a cada instante, porque la belleza de Jackeline le sugestionaba.

Después, cuando ella se dispuso a retirarse, quedaron de acuerdo en hacer juntos el camino hasta Kingsdale Manor, a la mañana siguiente. Jordan la siguió con la mirada cuando la joven se alejó escaleras arriba hasta desaparecer en el piso alto.

Al quedarse solo en la estancia, encendió un cigarrillo y levantándose dio unos pasos hacia la lumbre mortecina. Si a su llegada se había sentido descorazonado, ahora tenía motivos suficientes para estar satisfecho de haber aceptado la propuesta del propietario de Kingsdale Manor.
Cuando terminó el cigarrillo se dirigió él también hacia la escalera.
Justo en aquel

instante, oyó unos golpes en la ventana y se volvió.

La oscura silueta de Lowell Blaine se recortaba en los cristales, bajo la cortina de lluvia que crepitaba furiosamente en la noche.
El misterioso individuo hizo señas para que Jordan se acercara a la puerta.

Intrigado, el tasador obedeció y abriendo resueltamente se quedó mirando al hombre vestido de negro.
—¿Qué sucede? Creí que estaría usted muy lejos de aquí —dijo, sorprendido.

—Olvidé hacerle una recomendación. Recomendación doblemente importante ahora, debido a la presencia de esa bella joven.
—Maldito si entiendo una palabra.
—Ella se dirige también a Kingsdale Manor.

—¿Cómo diablos puede usted saberlo?
—Lo sé, y eso basta.
—Le confieso que me intriga usted en gran manera, señor Blaine.

—No es mi intención preocuparle, sólo hacerle una recomendación, y le aseguro que es importante. No se acerque usted al espejo maldito cuando esté en el Manor. Por nada del mundo se aproxime usted al espejo.

Jordan acusó su desconcierto.
—¿Un espejo maldito? —balbuceó—. ¿Está burlándose de mí?

—En absoluto. Y por favor, hágale esta misma advertencia a la hermosa joven. A ella, sobre todo.
—Permítame decirle que...

—No es ninguna broma, amigo mío. Manténganse alejados del espejo maldito o conocerán todos los horrores del infierno.

Tras una seca inclinación de cabeza, el extraño individuo giró sobre los talones y se sumergió en la cortina de lluvia, desapareciendo en un instante.

Perplejo, Jordan intentó seguirle con la mirada, pero lo perdió de vista como si se esfumara en la nada. Estaba tan intrigado que apenas podía pensar, porque ahora estaba seguro de que tanto la capa negra como el resto del vestuario de aquel hombre, estaban completamente secos. No había en ellos ni una sola gota de agua, a pesar de haber permanecido impasible bajo la lluvia torrencial.

Lowell Blaine era un completo misterio, como lo eran sus absurdas palabras referentes a un espejo maldito. ¿Qué puede tener de malo un espejo? Jordan cerró la puerta pensando en eso, intrigado. Un espejo sólo refleja una imagen, nada más.

De pronto, recordó la bolsa del dinero. Eso también era sorprendente, porque pesaba lo suyo, y en esta época las gentes solían utilizar papel moneda.

Fue hacia la silla donde colgaba su *macferlan,* tomó la bolsa y abriéndola dio un vistazo a las monedas.
No se cayó de espaldas de milagro.

Y no había para menos, porque todas ellas eran redondas monedas de oro antiguas, de un valor incalculable...

CAPITULO III

Kingsdale Manor resultó ser una monstruosidad arquitectónica de formas macizas, grises y sombrías.

Jordan pensó que quien fuera que lo había proyectado se había quedado a medio camino de construir un castillo medieval, y una de esas inmensas casonas que salpican la campiña inglesa.

A su lado, en el coche tirado por dos caballos, Jackeline comentó:

—No parece un lugar muy hospitalario, ¿no cree usted?
—Es una construcción sombría, ciertamente.

El vehículo descendía ahora una ladera, por el centro de un camino flanqueado de bosques oscuros, densos, entre cuyos troncos flotaban fantasmales jirones de niebla.

Al doblar un recodo, la casa desapareció de su perspectiva, pero surgió otra visión no menos inquietante.

Un cementerio con aspecto descuidado, invadido por hierbas y matorrales, entre los que luchaban por conservar su primacía blancas lápidas mordidas por el tiempo y la desidia.

Jordan comentó, con cierto sarcasmo:
—Empiezo a comprender la prevención de los lugareños hacia este vecindario.

—¿Tiene usted miedo?

—No, en absoluto. Pero esos jirones de niebla flotando entre los árboles, esas tumbas abandonadas, las ciénagas y esa fantástica edificación son capaces de inspirar las más lúgubres leyendas.

—Comprendo lo que quiere decir.
—¿Pertenece también a las propiedades de su tío el cementerio?

—Naturalmente. Ahí están enterrados todos nuestros antepasados, y en un ángulo, los sirvientes que durante generaciones trabajaron para los Kingsdale.

Mientras el carruaje avanzaba dejando atrás el cementerio, Jordan dejó que su mirada vagara por el sombrío recinto. Le pareció que algunas de las lápidas eran mucho más recientes que la mayoría, pero

era difícil calcular el tiempo en un lugar con tantas muestras de abandono absoluto.

Inesperadamente, el coche irrumpió en una plazoleta que daba acceso a la entrada principal de la mansión.

El cochero dio unas voces estentóreas, obligando a los caballos a detenerse junto a la amplia escalinata de entrada.

Jordan saltó al suelo y ayudó a descender a su bella compañera de viaje. En la casa, la puerta se abrió y un hombre alto, extremadamente delgado y de cara cetrina apareció, mirándoles sorprendido.

Harry Jordan lo examinó con curiosidad. Si aquel individuo era un sirviente, no le habría gustado tenerlo en su propia casa, especialmente por las noches. Tenía un rostro anguloso e inquietante, en el que fulguraban unos ojos extraños y despiadados.

Mientras la muchacha daba instrucciones al cochero, y éste bajaba el equipaje, Jordan subió las escalinatas para anunciar al extraño sirviente:

—Soy Harry Jordan. El señor Kingsdale ya debe haber anunciado mi llegada. El esquelético individuo ni parpadeó.

—Ciertamente, señor, aunque le esperábamos ayer. Pero el señor Kingsdale no dijo nada de que vendría usted acompañado.

—Ella no me acompaña. Más bien es al revés, porque esa señorita es Jackeline Douglas Kingsdale.

El hombre acusó un vivo sobresalto, como si el anuncio de la identidad de la hermosa joven le hubiera espantado.

—Creo que avisaré al señor Kingsdale... —murmuró. Y sin más desapareció en el interior del amplio zaguán. La muchacha se reunió con él. Jordan comentó:

—No me parece que ese hombre sea muy eficiente en su trabajo.

—Debió entrar a trabajar para tío George después de mi ingreso en el internado, porque de lo contrario yo lo recordaría.

—Me pareció que le sorprendía mucho saber quién es usted.

—Pues espere a que lo sepa mi tío. Aún se sorprenderá más —rió la muchacha, entrando resueltamente.

Jordan la siguió. El vestíbulo era enorme, con altas paredes cubiertas por oscuros tapices. Dos férreas armaduras montaban guardia al pie de una ancha escalinata que conducía al piso superior.

Más allá de la escalera había una enorme puerta de vieja madera adornada con grandes clavos de hierro. Otras tres puertas salpicaban los muros a ambos lados del vestíbulo.

Jackeline paseó la mirada en torno y sacudió la cabeza como intrigada por algo insólito.

—Es curioso —murmuró—. Recordaba lo poco hospitalaria que era esta casa, pero ahora que he vuelto me parece mucho más siniestra de lo que pensaba.

—Desde luego, no debe parecerse mucho a un internado suizo para señoritas...

—No es eso, sino el ambiente que se respira aquí dentro. ¿Sabe lo que me parece? Una tumba, eso es. Un lugar frío, cerrado, húmedo, inhumano como una sepultura.

—No deje que influyan en usted las supersticiones locales, señorita Douglas. Ella se echó a reír.

—En absoluto. Hasta que no vea los fantasmas no creeré en ellos. ¿Y usted?

—Tampoco, palabra de honor.

Se echaron a reír, y sus risas retumbaron por las altas bóvedas como un desafio al lóbrego carácter de aquel lugar.

—Me parece que habré de buscar a tío George por mi propia cuenta —dijo la muchacha al fin—. Ese sirviente no es nada eficiente, por lo que veo.

En aquel momento, una de las puertas se abrió y un hombre alto, recio y de espesa melena gris apareció en el umbral.

Un gran mostacho también grisáceo le daba un aspecto ceñudo, al igual que sus cejas espesas como cepillos.

Jackeline exclamó:

—¡Tío George!

Corrió hacia él, y antes que el hombre saliera de su asombro, le había echado los

brazos al cuello y le besaba con su alegría de pájaro.

—¡Estás loca, querida mía! —exclamó al fin el caballero—. ¿Qué modales son ésos? No quiero pensar que sólo es esta clase de comportamiento lo que te enseñaron en Suiza.

—No me engañas, tío George. No puedes ponerte serio conmigo. Al fin, el hombre la apartó con suavidad, mirándola de arriba abajo.

—Eres toda una mujer —musitó, como si lo lamentara profundamente.
—Ya puedes estar seguro de eso. Tengo veintiún años.

—No debiste venir sin prevenirme. No tenemos nada preparado para ti.

—¿Qué querías prepararme, una llegada triunfal? No necesito nada de eso, sólo estar aquí, en casa.

El desvió la mirada. Parecía turbado, incómodo. Acabó de apartar a la joven y se encaró con Jordan.

—Le esperaba ayer, señor Jordan.

—Lamento ese retraso, pero llegué en el tren de la noche y no encontré a nadie dispuesto a guiarme hasta aquí. Hube de pasar la noche en la posada, y allí conocí a su encantadora sobrina.

—Esos absurdos patanes..., seguro que le contaron mil estupideces respecto a esta casa.
—Bueno, al parecer temen a los aparecidos o algo así.

—En otros tiempos, el dueño de Kingsdale Manor los hubiera azotado... Espero que no se haya dejado impresionar usted por tantas tonterías.
—En absoluto. La demostración es que estoy aquí, ¿no le parece?

—En efecto. Permítame ocuparme primero de esta cabeza loca que tengo por sobrina y estaré con usted. Podrá iniciar su trabajo esta

misma mañana.

—Por supuesto, esperaré.

—Entre ahí, por favor. Es la biblioteca. Encontrará volúmenes muy interesantes. Al mismo tiempo ordenaré que le sirvan lo que le apetezca.

Jordan obedeció. Cuando hubo entrado en la inmensa biblioteca, las puertas se cerraran tras él antes que pudiera despedirse de la muchacha.

Un gran ventanal de cristales emplomados dejaba filtrar una luz misteriosa, de tamizados colores. Instintivamente, el tasador se aproximó a la lumbre encendida y dejó que el calor de las llamas acariciara sus manos ateridas.

Después, tras encender un cigarrillo, se acercó al estante más próximo. Había viejos volúmenes encuadernados en sólida piel.

Leyó los primeros títulos, asombrado.

Satanismo.

El poder de Luzbel.

Ceremonias negras.

Pactos satánicos.

Lucifer en la tierra.

Y así hasta ciento.

Toda aquella estantería estaba dedicada al mismo tema.

Jordan no se había interesado nunca por la literatura satánica. En realidad, su incredulidad relativa a todo tipo de religiones le había inmunizado igualmente contra las creencias en el más allá, en los poderes infernales y, por descontado, en el mismo infierno.

Se preguntó cuál, de entre todos los habitantes de la gran mansión, se interesaba por aquellos temas tan sombríos.

O quizá la afición datara de los antepasados del actual propietario.

De pronto, notó la extraña sensación de una mirada espiándole. Giró sobre los pies y descubrió al esquelético mayordomo plantado junto a la puerta. Había entrado sin hacer el menor ruido. A Jordan no le hubiera sorprendido que hubiese penetrado filtrándose por la pared.
Con su voz lúgubre, el sirviente dijo:
—Si desea tomar alguna bebida, señor...

—A estas horas, creo que lo más indicado será un poco de jerez.

El mayordomo esbozó una inclinación de cabeza y salió, tan sigiloso como a su llegada. Harry Jordan se desentendió de los siniestros volúmenes de aquella estantería y fue a sentarse delante del fuego. Le agradaba más pensar en la bella Jackeline que en los temas

de aquellos libros infernales.

Y a fe que sus pensamientos se centraron en la muchacha. Recordar el tono de su voz, la luminosa mirada de sus ojos, la firmeza sugestiva de su cuerpo cimbreante y ágil, era un ejercicio capaz de provocarle escalofríos de anticipación.

Casi se avergonzó al pensar en esa anticipación. ¿Qué diablos estaba sucediendo? Había conocido otras mujeres a lo largo de sus años de solterón. Algunas con suficiente intimidad como para considerarse curado contra las añagazas del amor.

Y sin embargo, ahí estaba, con sus pensamientos girando cual un loco torbellino en torno a la bellísima imagen de aquella muchacha, casi una desconocida para él.

De nuevo, la presencia del mayordomo le provocó un escalofrío. Lo vio a su lado, seco como un sarmiento, rígido, en el instante que se inclinaba para escanciarle una copa de jerez español, de una marca excelente.

—Gracias. Haga el favor de avisarme cuando el señor Kingsdale pueda dedicarme unos minutos.
—Así lo haré, señor.

El hombre se fue como si flotara.
Jordan saboreó el vino, apreciando su exquisito sabor.

Tardó un poco en percatarse del inmenso silencio que lo envolvía todo. Era una sensación casi tangible . y se sorprendió

desagradablemente al advertirlo.

Por ley natural, en las casas, sobre todo si son tan viejas como Kingsdale Manor, suelen producirse mil rumores distintos, perfectamente identificables. Los crujidos de la madera reseca, el ruido de una ventana mal cerrada o el chasquido de un escalón.

Incluso en su propia casa de Londres, esos sonidos familiares se repetían, día tras día. En Kingsdale Manor, no.
Incluso aguzó el oído tratando de captar algún signo de vida a su alrededor.

Excepto el rumor del fuego en la chimenea, no pudo captar nada más. Diríase que se encontraba en el centro de un gran vacío cósmico donde nada existía, excepto él mismo. El, y aquellas llamas danzantes en el hogar.

Tal vez fuera debido al espesor de los tremendos muros de piedra, que ahogaban todo

ruido.
De cualquier modo, era muy extraño.

Entonces, mientras su oído y todos sus sentidos estaban aguzados, oyó el grito. Aunque tampoco pudo estar seguro de que lo oyera realmente, porque un alarido tan

infrahumano, un bramido que expresaba tanto dolor y tanto espanto, parecía imposible que brotara de una garganta humana.

De cualquier modo, duró apenas unos pocos segundos y cuando se extinguió Jordan se quedó sumido en la duda de si lo habría oído realmente, o había sido fruto de sus sentidos sobreexcitados por aquel silencio, por los últimos acontecimientos desde que dejara el tren en la sombría estación, o quizá porque estaba volviéndose loco.
Esta última posibilidad fue la que menos le gustó, naturalmente.

CAPITULO IV

Jackeline le sorprendió entregado a su tarea, en el inmenso salón de las pinturas.

Era realmente una estancia de proporciones inusitadas, alumbrada por grandes ventanales de un estilo confuso, que recordaba el gótico en algunos aspectos.

En los muros de piedra maciza colgaban innumerables lienzos antiguos, oscuros por la pátina del tiempo. La mayoría de ellos representaban a numerosos antepasados de la dinastía de los Kingsdale, con todas sus ramas, pero otros eran paisajes amanerados, detallistas, y algún que otro retrato de personajes absolutamente desconocidos.

—¿Es posible que estas horribles antiguallas tengan algún valor? —preguntó la muchacha, sorprendiendo así al tasador.

—Bueno, aún no estoy muy seguro, pero algunos de estos cuadros tienen firmas importantes en la historia de la pintura inglesa, especialmente esos lienzos del siglo pasado. De todos modos, para saberlo con certeza habré de consultar los últimos catálogos.

—Empiezo a comprender cuán interesante resulta su trabajo, señor Jordan.

—No tanto como parece. Y por favor, llámeme Harry. Eso hará que me sienta más joven a su lado.

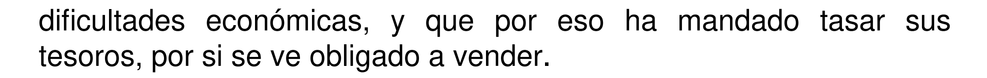
—A mí todo el mundo, en el internado, me llamaba Jackie.

—Muy bien, Jackie. ¿Le ha preguntado ya a su tío si realmente está pensando en vender sus colecciones de arte?

—Aún no. Ha cambiado mucho en estos años que estuve sin verle. No sonríe nunca, y en cuanto se descuida un momento, parece ausente, lejos de una... como si sus pensamientos volaran por regiones que sólo él pudiera alcanzar.

—¿No cree que complica mucho sus primeras impresiones?

—No lo sé, tal vez sí. Pero no deja de preocuparme. Antes no era así. Se me ha ocurrido pensar que quizá se encuentra con


dificultades económicas, y que por eso ha mandado tasar sus tesoros, por si se ve obligado a vender.

—Pudiera ser.

Ella se apartó de Jordan, dedicándose a inspeccionar cada una de las pinturas que colgaban de las paredes.

—Apenas recordaba a todos esos personajes —murmuró, distraída—. Cuando era pequeña me daban mucho miedo, con sus mostachos, sus miradas fieras y sus agarrotadas expresiones.

Jordan creyó que ese era el mejor momento para llevar un poco de agua a su molino.

—¿Hay más pinturas que éstas en el castillo?

—Algunas, pero menos importantes a mi entender.

—¿También de antepasados suyos?

—No. Representan otros personajes tan engolados como éstos, pero los auténticos Kingsdale están reunidos en esta galería.

El tomó aliento y murmuró:

—Alguien me habló una vez de un extraño cuadro.

Uno con la imagen de un diablo o algo así... Aunque supongo que me tomaron el pelo.

Nadie conservaría una pintura tan siniestra en su propia casa. Ella se estremeció.

—Creo que sé a qué pintura se refiere. Es en verdad horrible y nunca he comprendido muy bien el interés de nuestros antepasados por conservarla.

—Así que existe.

—Naturalmente. Y ojalá tío George decidiera vender ese cuadro. O regalarlo incluso, porque imagino que no habría nadie lo bastante tonto para comprarlo.

—¿Dónde está, lo sabe?

—Ahí al lado, en una reducida sala de la que yo huía estremecida cuando era pequeña. Venga, se lo mostraré

El la siguió hasta el fondo de la inmensa galería. Había una estrecha puerta de gruesa madera, que Jackeline abrió sin dificultad.

Aquella estancia estaba sumida en tinieblas. La muchacha murmuró:

—Debe haber una luz cerca de la puerta. ¿Tiene usted cerillas, Harry?

El encendió una, descubriendo un mechero de gas en la pared. Lo encendió y pudo ver una reducida estancia casi desprovista de muebles, con trazas de no haber sido utilizada durante años.

También las paredes estaban desnudas. No había ningún cuadro allí.

Jackie miró en torno, sorprendida.

—Qué extraño —murmuró—. Deben haberlo quitado, que es lo que yo hubiera hecho hace ya muchos años.

—¿Estaba aquí cuando usted se marchó?

—Con toda seguridad. Ahí, en esa pared. Era una pintura horrible. Los terribles ojos de aquel personaje atormentaron la mayoría de mis pesadillas. Ojalá lo hayan destruido.

Apagaron la luz y regresaron a la galería, donde Jordan reanudó su trabajo, tomando notas, descifrando las firmas de los lienzos y percatándose, con su ojo experto, del interés intrínseco de cada cuadro.

No obstante, parte de su mente seguía concentrada en el cuadro desaparecido, en aquella pintura representando a Satán, que tanto interesaba al misterioso señor Blaine.

En realidad, comenzaba a darse cuenta de que no sólo Blaine era misterioso. Muchas otras cosas comenzaban a mostrársele con diferente e inquietante perspectiva.

Quizá por eso preguntó:

—Jackie... ¿Oyó usted el grito esta mañana?

—¿Un grito?

—Tal vez me lo pareció. Reconozco que estaba nervioso.

—¿Cuándo lo oyó usted, Harry?

—Poco después de separarnos. Estaba solo en la biblioteca. Entonces me pareció escuchar un alarido lejano, aunque no pude estar seguro de si era solamente una jugarreta de mis sentidos. Tampoco pude hacerme una idea de la dirección en que sonó. Incluso, de haber existido, pudo proceder de las piedras de cualquier pared. Fue algo muy desagradable.

—Cuando me separé de usted, subí a la habitación que mi tío destinó para mí, de modo que debía encontrarme en el piso de arriba en aquellos momentos. Y no oí cosa alguna

parecida a un grito.

Jordan suspiró. Temía parecer incluso ridículo.

—Ya le digo que muy posiblemente fue una jugada de mis nervios. No quisiera inquietarla con esa tontería.

Jackeline se disponía a replicar, cuando se abrió la puerta de la sala y el mayordomo apareció, inclinándose con su acostumbrada rigidez.

—Señorita Douglas, su tío le agradecerá que vaya a reunirse con él en su despacho. Por favor.

—Voy ahora mismo. —Volviéndose hacia Harry sonrió y murmuró, con voz contenida— : En mi niñez sólo me llamaba a su despacho cuando quería propinarme una regañina.

—Entonces, espero que haya cambiado de costumbre. ..

Ella se alejó, riendo.

Cuando hubo desaparecido, Jordan se sintió extrañamente solo. Le costó concentrarse en su trabajo.

Le inquietaban demasiadas cosas para que pudiera dedicar toda su atención a aquellas sombrías pinturas.

Esperó con impaciencia la hora de la cena, para tener oportunidad de ver nuevamente a la hermosa muchacha que tan profunda huella dejara en sus pensamientos...

CAPITULO V

No podía dormir.
Eso era un hecho, y muy desagradable.

Jordan, tendido en la cama, trató de comprender la causa de ese insomnio. Hasta entonces, tanto en su casa de Londres, como en los hoteles o posadas donde había pernoctado, conseguía quedar profundamente dormido tan pronto su cabeza tocaba la almohada.

Tal vez fuera el aullido del viento, que se había desatado a primera hora de la noche. O el monótono crepitar de la lluvia en los cristales.

Se incorporó, fastidiado. Los acontecimientos del día y de la noche también, le desazonaban de modo inquietante.

Un relámpago culebreó en el negro firmamento, recortando nítidamente el contorno del ventanal y mostrando fugazmente el interior de la habitación.
Se estremeció. De cualquier modo iba a costarle atrapar el sueño.

Había esperado con impaciencia el momento de sentarse a la mesa, sólo por el placer de ver nuevamente a Jackeline.

La había visto, naturalmente. Pero no le pareció tan chispeante ni tan alegre como durante aquella tarde. Apenas habló, y su mirada tenía una expresión más bien preocupada. Quizá su tío, como hiciera en sus años infantiles, la había regañado cuando la llamó a su despacho.

Después, la presencia siniestra del silencioso y esquelético mayordomo distribuyendo los platos acabó de ponerle nervioso.

Y por si algo faltara, aquellas palabras de la joven y bonita doncella, cuando le sirvió el café junto a la chimenea.

Se había fijado en ella cuando entraba y salía del comedor trayendo y llevando platos de la cocina, que dejaba sobre una mesa para que fueran servidos por el mayordomo. Era muy joven, tenía un cuerpo bonito y lo único que no resultaba agradable en ella era la inquieta expresión de su cara.

No pronunció una sola palabra en todo el

tiempo que duró la cena. Después, sí.

Fue cuando él se había sentado en una butaca, frente a la chimenea encendida. La muchacha le sirvió una taza de buen café, y en el instante en que estuvo inclinada sobre él, semioculta de los demás por el alto respaldo de la butaca, susurró:

—¡Por favor, ayúdeme! No me dejan salir de aquí y quiero irme... ¡Por favor!

Jordan quedó tan sorprendido que por poco no volcó la taza., Ella se había erguido, apartándose para continuar con su cometido.

Luego, ya no había vuelto a verla.

Ahora recordaba la terrible angustia de su voz, la urgencia de sus palabras apenas musitadas y le parecía estar oyéndolas de nuevo.

Acabó levantándose, estremecido de frío, y envolviéndose en su batín dio unos pasos de un lado a otro. Avivó los rescoldos de la chimenea hasta sentir de nuevo su calor, y después, inquieto, se aproximó al ventanal.

La habitación estaba en un ángulo del edificio. Más allá de los cristales todo eran tinieblas y apenas distinguía la cortina de lluvia que se abatía sobre la tierra como un denso sudario, agitada por el viento.

De nuevo, un relámpago rasgó la negrura y vio durante unos fugaces segundos el mundo sombrío que se extendía más allá del descuidado jardín; la cortina de árboles a la izquierda, batidos violentamente por el vendaval, y la lejana extensión del cementerio. Las manchas blancas de las lápidas brillaron como fuegos fatuos durante aquel cegador chispazo.

Y
vio
algo
más.
¿O
no
lo
vio?

Bajo el brillante estallido del relámpago le pareció como si una figura monstruosa cruzara entre las lápidas. Luego, todo fueron de nuevo tinieblas y Jordan se quedó con la duda de si habría visto

realmente «algo» moviéndose bajo el aguacero o sólo se habría tratado de una sombra provocada por el chispazo del rayo.

Reconoció que era absurdo pensar que alguien, en medio de la tempestad y de la noche, vagara entre los muertos. Además, si realmente hubiera visto aquel movimiento, ni siquiera podía estar seguro de que fuera un hombre. Era más bien un gran bulto, torpe de movimientos. Nada más.

Maldijo entre dientes su absurdo nerviosismo y regresó junto a la chimenea, donde pequeñas llamas se alzaban calentando la fría habitación.

Más nervioso que un gato, Jordan volvió a la ventana, hundiendo la mirada en las tinieblas, esperando con impaciencia un nuevo relámpago.

Cuando éste se produjo alumbró con absoluta nitidez aquel paisaje de pesadilla. Los árboles, el jardín descuidado, el cementerio en la ladera...

En el cementerio, una figura imprecisa cavaba la tierra ajena al diluvio que caía. Casi se echó atrás, aterrado.

Esta vez estaba seguro de lo que acababa de ver. Alguien cavaba una tumba en el cementerio, en medio de los matorrales, de las viejas lápidas, del vendaval y de la lluvia...

* * *

Jackeline se removió en el lecho, inquieta por las pesadillas.

En la chimenea apenas si quedaban unos agonizantes rescoldos. La lluvia golpeaba en la ventana y el viento aullaba, lastimero, quejándose a la noche.

De pronto, la muchacha despertó y se quedó rígida en la cama, escuchando la tormenta, forzándose a creer que había sido el ruido del viento y la lluvia lo que rompiera su sueño.

Pero no era eso, estaba segura.

Tal vez la horrible pesadilla que sufriera...
O quizá tampoco fuera eso.

Quizá esa profunda inquietud tuviera otro origen más inquietante. Con voz apagada, casi un quejido, balbució:

—¿Quién está ahí?

Porque tenía la sensación de que alguien más respiraba dentro del cuarto.

Alguien cuya maligna presencia había roto su sueño inquieto.

Pero no se atrevía a mirar. Estaba tendida de costado y ante sus ojos veía las pequeñas brasas que aún quedaban en la chimenea.

Aún repitió:

—¿Quién está ahí? ¡Responda!

La única respuesta que obtuvo fue el denso silencio de la habitación, contrastando con el estrépito de la tormenta.

Al fin encontró el valor suficiente para volverse en la cama y recorrió la oscuridad con su mirada desorbitada.

Entonces lo vio, y todo el espanto de este mundo se coló en sus nervios, en sus venas, paralizándole la sangre.

Eran dos puntos rojos suspendidos en las tinieblas. Dos ojos que parecían fosforescentes, con una expresión diabólica, que la miraban con hipnótica fijeza.

Empezó a temblar y le castañetearon los dientes. Quiso gritar y sólo consiguió emitir un sordo quejido de terror.

—¿Quién...?

No pudo hablar. Sólo quedarse mirando aquella otra mirada del infierno que la dominaba, horrorizándola al mismo tiempo.

Repentinamente, un relámpago culebreó más allá del ventanal. Un estallido de luz blanca inundó la estancia y recortó de modo siniestro una negra silueta erguida cerca de la puerta.

Los ojos demoníacos pertenecían a aquella negra sombra incorpórea. Fue entonces que recobró la voz y chilló.

Fue un grito terrible, un alarido que vibró como un clarín ahogando por unos instantes todo otro sonido.

Aún estaba gritando cuando la luz del relámpago se apagó, y con

ella desaparecieron también la negra silueta y los ojos rojizos.

Fuera de sí, histérica de terror, Jackeline continuó gritando hasta que la puerta se abrió violentamente y Jordan entró de un salto..

—¡Jackie! ¿Qué ocurre?

—¡Oh, usted...!

—¡La oí gritar y vine!

—Encienda la luz, por favor, Harry...

—¿Por qué gritó de ese modo? Me dio un susto de muerte.

El llevaba la bata sobre el pijama y no era una figura muy gallarda en aquellos momentos, pero Jackeline sólo sabía que ya no estaba sola y el súbito alivio que sintió casi la hizo desmayarse.

—Encienda la luz...

—No traje cerillas. Espere, avivaré el fuego. Esta habitación está helada.

—¡No, no! Primero la luz. Hay cerillas en la mesita...

—Está bien, cálmese, por favor.

Encontró las cerillas y un instante después, la luz del quinqué barría las tinieblas del cuarto.

Jordan se quedó mirando la increíble belleza de la muchacha, apenas velada por el leve

camisón de dormir. Su piel era suave y dorada, y sus pechos palpitaban aún por el terror vivido.

Instintivamente, ella se subió la sábana hasta el cuello, aunque no pareció molesta por el voraz escrutinio de que era objeto.

—Estaba ahí, Harry... No fue una pesadilla... Lo vi.

Se oyeron pasos rápidos en el pasillo. La puerta aún estaba abierta y George Kingsdale apareció en ella, presuroso e inquieto.

—¿Qué fueron esos gritos, Jackie? Oh, está usted aquí, Jordan...

—Yo también la oí gritar y[1] vine.

—Claro. ¿Qué te pasó, querida, pesadillas?

—No fue ninguna pesadilla, tío.

—Entonces, ¿qué?

A Jordan se le antojó que la voz de Kingsdale sonaba demasiado

seca, casi desagradable.

—Unos ojos horribles, mirándome... Luego, cuando el relámpago alumbró la habitación, vi la silueta de aquel hombre. Estaba ahí, junto a la puerta, mirándome con sus ojos de fuego...

—Eso no puede haber sido nada más que una pesadilla, Jackie —aseguró su tío. Ella sacudió la cabeza.

—¡Te digo que no! Ya no soy una niña. Sé lo que he visto. Kingsdale se volvió hacia Jordan.
—¿Estaba cerrada la puerta cuando usted llegó?
—Naturalmente. La abrí de un empujón.

—¿Y no vio usted nada extraño, ningún movimiento?
—No, sólo entré precipitadamente porque la señorita Jackeline continuaba gritando.

—Y estaba sola, naturalmente.

—Eso me pareció. De lo que sí estoy seguro es de que nadie salió, ni intentó hacerlo, después que yo llegué.
Kingsdale se encaró de nuevo con su sobrina.

—Ya lo oyes, Jackie. No había nadie, has sido víctima de una pesadilla, ni más ni menos. De haber habido alguien aquí, Jordan lo habría sorprendido.

—Puedo comprender que no me crean —musitó la muchacha con desaliento—. Pero eso no cambia nada. Yo vi a ese horrible hombre y esos ojos mirándome como si... como si quisiera dominarme.

—Por favor, querida, trata de portarte con sensatez. Que los patanes del pueblo crean en absurdas apariciones, es comprensible. Pero tú tienes otra formación, Jackie. Debes convencerte de que no fue más que un mal sueño, una pesadilla.

La muchacha no replicó y se produjo un tenso silencio.

Jordan pensaba en la escena que él sorprendiera en el cementerio, también bajo la luz de un relámpago. Y de él sí estaba seguro de no haber sufrido ninguna pesadilla porque estaba de pie, y bien despierto.

—Vuelve a dormir —dijo Kingsdale, con su tono seco—. La

excitación del viaje, el cambio, de ambiente, todo puede haber contribuido a alterar tus sueños.

Ella suspiró.

—Está bien, tío George. Lamento tanto trastorno.

—No importa.

Jordan titubeó. Luego, confuso, murmuró una despedida y abandonó la habitación de la muchacha.

Sentía una profunda turbación al recordar los pujantes senos de la joven, su piel de terciopelo agitada por el miedo, en medio de la cama grande y solitaria.

Cerró la puerta de su dormitorio y añadió otro tronco al fuego, avivándolo. Sabía que no podría dormir de momento, así que acercando una butaca a la lumbre encendió un cigarrillo y se quedó allí, sumido en sus absurdos pensamientos.

No sabía cuánto tiempo llevaba sentado frente a las llamas, cuando a sus espaldas oyó el chasquido del tirador de la puerta.

Sobresaltado, miró por encima del respaldo de la butaca.

La puerta se abría con exasperante lentitud. Jordan sintió culebrearle el miedo por todas sus fibras...

CAPITULO VI

Se llamaba Madge, era joven, bonita y tenía miedo. Un miedo espantoso.

Desde el ala de servicio, no había oído el alboroto provocado por Jackeline, ni las precipitadas carreras de los hombres.

Su miedo no obedecía a eso. Tenía raíces más profundas, y por esta razón había intentado pedirle ayuda al apuesto forastero, mientras le servía el café.

Madge apenas comprendía cómo había llegado a ese caserón siniestro. Claro que la razón primordial fue el sueldo que le ofrecieron al contratarla en Londres. Un sueldo fantástico, como ninguna sirvienta había percibido jamás.

Ahora sabía que era el salario del miedo.

Se irguió en la cama, incapaz de dormir. Aún llovía, y el viento azotaba las ventanas y provocaba sordos crujidos aquí y allá, que contrastaban con el monstruoso silenció que imperaba entre esas paredes.

Madge puso los pies en el suelo y buscó a tientas sus zapatillas. Luego, temblando, se envolvió en una bata gruesa, que la abrigó por encima de su largo camisón de noche.

Un poco más allá, en el mismo pasillo, dormía su compañera en el servicio, la joven cocinera llamada Caroline. Iría a dormir en su compañía, porque de lo contrario estaba segura de no pegar ojo en todo lo que restaba de noche.

De modo que abrió la puerta y salió al oscuro pasillo.

Allí se captaba mejor el inmenso silencio del caserón, porque apenas llegaba el ruido del viento y la lluvia. A Madge se le antojó que mil ojos invisibles la espiaban desde las tinieblas.

Caminó paso a paso, sin un ruido, buscando la puerta del cuarto de Caroline. Su corazón palpitaba con violencia dentro de su pecho, lo percibía con claridad, casi con dolor.

Tanteaba la pared en busca de la puerta de su amiga. Le pareció que había caminado mucha más distancia de la que había entre una y otra habitación, pero sus nervios alterados podían hacer que equivocara las distancias.

La pared era fría, de piedra. Casi un minuto más tarde se detuvo, ahora absolutamente segura de que debía haber dejado atrás el cuarto de Caroline.

Justo cuando pensaba en eso se dio cuenta de que, juzgando por el rato que llevaba deslizándose por el pasillo, ya debiera haber llegado al final del mismo, allí donde una recia puerta que nunca se abría cortaba el paso.

¿Cómo era posible?

El pánico la invadió. Un pánico cerval, agudizado por el silencio y la sensación de hallarse suspendida en un espacio infinito y distinto que desconocía.

Pensó en gritar hasta desgañitarse, pero la solo idea de que a sus gritos acudiera también el siniestro mayordomo llamado Marco la hizo desistir.

Ahora no sabía en qué dirección debía moverse. Estaba total y absolutamente desorientada, con el miedo creciendo, arañándole las entrañas.

Instintivamente, reanudó su camino hacia ese profundo pozo de sombras que era todo

a su alrededor. Ignoraba si avanzaba o volvía atrás, sobre sus pasos.

Dominada por la helada sensación del pánico, descubrió de pronto una línea de luz amarillenta por debajo de una puerta.

Ni siquiera trató de pensar en su situación. Se precipitó hacia aquella puerta, la abrió de un empellón y, colándose dentro de la iluminada estancia, cerró a sus espaldas, quedándose apoyada contra la madera, jadeando como un fuelle.

Cuando miró en torno su corazón casi se paralizó y ella sintió que la ahogaba la angustia aterradora de cuanto veía.

Las paredes estaban cubiertas por negros tapices de terciopelo. Un altar, también negro, se alzaba sobre un estrado. Colgado en la pared, encima del altar, había un gran cuadro que la dejó sin aliento porque

jamás había visto nada tan horrendo como aquel rostro diabólico.

Castañeteándole los dientes, Madge intentó apartar la mirada del lienzo, pero éste parecía fascinarla de tal modo que siguió mirándolo.

Era la imagen de Satanás, pintada por alguien que lo había imaginado con una expresión tan maligna que nadie podía dudar que era la personificación absoluta del mal.

Sobre todo, sus ojos producían helados escalofríos de horror, porque parecían vivos, como si en sus profundidades burbujeara el fuego del infierno.

Madge boqueó intentando gritar, oírse a sí misma para comprobar así que aún estaba viva, que no había penetrado en un mundo fantasmal donde sólo había aquella horrenda cara.

Al fin consiguió girar la cabeza y dejar de ver el cuadro de Satán. No podía gritar. Apenas si conseguía respirar.

En la pared opuesta, recortándose en medio de los negros crespones, destacaba un gran espejo de dorado marco.

El espejo brillaba como iluminado por el brillante sol de mediodía. Sin embargo, la única luz que había en la estancia era la que procedía de los dos gruesos candelabros del altar.

Madge intentó abrir la puerta a sus espaldas y escapar de aquel antro. La puerta no cedió.

Presa de pánico, la muchacha se volvió, forcejeando violentamente con el tirador sin lograr que se moviera.

Retrocedió a trompicones, evitando con todas sus fuerzas mirar el cuadro maldito. Así llegó delante del brillante espejo y vio su imagen reflejada en él con absoluta nitidez.

Se miró instintivamente. Vio su cara desencajada por el pánico, su bonita silueta envuelta en la gruesa bata. La bata la desdibujaba por completo y Madge cayó en la cuenta de que, en realidad, su imagen era ridícula.

Sorprendida, advirtió de pronto que su pánico cedía, que la visión de su propia imagen llena de vida en el espejo apaciguaba sus nervios.

Con gestos lentos y seguros se quitó la bata, dejándola deslizarse

al suelo.

Quedó en camisón. Un camisón también demasiado ancho para que pudieran apreciarse las firmes líneas de su cuerpo joven.

De modo que con total naturalidad, se lo quitó también.

Entonces, su cuerpo desnudo resplandeció en toda su belleza, reproducido con todo

detalle por el espejo.

Sus pechos eran altos y firmes, juveniles, y sus caderas tenían las proporciones justas para ser atractivas sin un gramo de grasa. También sus piernas eran largas y de trazo firme y suave a un tiempo.

Ciertamente, era hermosa y ese espejo lo pregonaba con toda la brillante luz que parecía emanar de su interior.

Madge se sintió súbitamente contenta de su figura, de su cuerpo, de su juventud. No recordaba en absoluto los pasados terrores...

Luego, la luz del espejo pareció amortiguarse muy despacio. Se oscureció cual si cayera la noche sobre su propia imagen, qué también perdía firmeza en sus contornos...

De entre la creciente oscuridad del espejo, como si éste fuera una ventana que se abriera sobre un mundo rojizo, de pesadilla, fueron surgiendo aquellas imágenes horrendas, aquel pavor sin nombre que la atraía con su mismo espanto...

Madge ni siquiera pensó en gritar, fascinada por aquella personificación del mal total y absoluto, por aquel infierno viviente que surgía poco a poco allá, en las profundidades del espejo.

Cuando se sintió flotar ni siquiera gritó. El espejo pareció succionarla, y Madge se precipitó hacia él horror vivo del espanto, el dolor infinito y la negra muerte...

CAPITULO VII

Harry Jordan, tenso como un cable de acero, mantuvo la mirada fija en la puerta que seguía moviéndose infinitamente despacio.

A pesar de todo, a pesar de su oscuro temor, no pensó que pudiera tratarse de nada sobrenatural. Ni por un instante pasó por su imaginación que quien fuera que abría la puerta tuviera ningún poder del otro mundo.

Al fin, una mano pequeña y blanca apareció.

El dijo con voz contenida, ocultando su temblor:

—Acabe de entrar, a menos que se trate de una broma.

La puerta se abrió de golpe. Jackie apareció en el umbral con actitud de absoluto desamparo.

El se levantó de un brinco.

—¡Usted! —balbució.

Corrió hacia ella y le apresó las manos, dándose cuenta de que las tenía heladas. Cerró la puerta sin ruido y llevó a la muchacha hacia la chimenea encendida.

—Acérquese, Jackie —susurró—. Debe haberse vuelto loca al venir aquí a estas horas y... Bueno, así.

Ella llevaba el largo camisón de dormir y una bata suave encima. No obstante, resultaba tan excitante, tan vital con aquellas prendas en desorden, que Harry Jordan notó alterarse violentamente el ritmo de sus pulsaciones.

—Tenía tanto miedo... —susurró ella al fin, dejándose acariciar por el calor de las llamas.

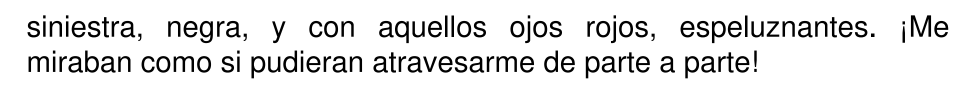
—Siéntese.

Ella se hundió en la butaca y desde allí le miró con sus grandes ojos rebosantes de temor.

—Usted tampoco me creyó, ¿no es cierto, Harry?

—Bueno, reconozca que es un tanto sorprendente lo que usted afirmó que había visto.

—Sin embargo, es cierto. ¡Estaba allí, Harry! Era una figura


siniestra, negra, y con aquellos ojos rojos, espeluznantes. ¡Me miraban como si pudieran atravesarme de parte a parte!

—Está bien, cálmese, puedo aceptar que viera usted algo que la asustó, pero debe convenir que admitir la existencia de un fantasma en esta época...
—No sé qué era. Tal vez se tratase de un intruso de carne y hueso.

—Si hubiera sido un ser corpóreo, yo lo habría visto. Habría casi tropezado con él. Y no vi nada, ni un movimiento, ni una sombra.

Ella sostuvo la mirada brillante de Harry como buscando en él el consuelo y la fortaleza que la habían abandonado.

Harry acercó otra butaca y se sentó al lado de Jackie. Le ofreció un cigarrillo, que ella rechazó, de modo que encendió el suyo y dejó que el silencio sirviera de sedante para los nervios alterados de la muchacha.

—No sabía qué hacer —musitó, de pronto—. Quedarme sola en mi cuarto me aterraba...

—Debió acudir a su tío —dijo él—. Si la sorprenden aquí, no podrá reprocharles que piensen lo peor.,

—Sólo pensé en usted, Harry. Mi tío... Algo le ocurre, estoy seguro. No puedo sentir hacia él el mismo afecto que cuando era niña, eso es normal. Pero es que, además, me da miedo.

—¿Por qué? ¿La regañó como antaño?

—No exactamente. Sólo me prohibió terminantemente que saliera de esta ala del castillo. No puedo ir más allá de la sala de pinturas por un lado, ni de la biblioteca por el otro.

—Eso es absurdo, ¿Le dio alguna razón concreta para esa tajante prohibición?

—Ahí está lo malo, que no supo decirme la razón de esa absurda orden. Se limitó a decirme que así lo disponía él y que yo debía obedecer... si deseaba continuar unos días más en Kingsdale Manor.

—Qué extraño...
Tras una vacilación, ella añadió con voz que apenas se oyó:

—También me aconsejó que me mantuviera apartada de usted.

—Eso ya me parece una impertinencia, aunque si la sorprendiera aquí, vestida de ese modo tan precario, tendría motivos suficientes para echarme a mí a puntapiés.

—No quisiera causarle ningún perjuicio, Harry. El sonrió abiertamente.

—No se preocupe por mí —dijo, animándola—. Lo cierto es que no cambiaría estos instantes por nada del mundo.

—¿Lo dice de veras, o sólo trata de animarme?

—Le hablo con sinceridad, Jackie. Ella suspiró.

—Pero sigue creyendo que sufrí una pesadilla...

—Por lo menos, ¿sabe usted cómo apareció el hombre negro? Debió colarse por algún lugar, si realmente lo vio usted.

Jackeline sacudió la cabeza.

—Sólo sé que desperté, y él estaba allí, mirándome con sus ojos fosforescentes. ¿Recuerda usted que hablamos de aquella pintura diabólica?

—Sí.

—Bueno, eran aquellos ojos. Tienen todo el fulgor diabólico del infierno. El suspiró, creyendo comprender,

—Fue el recuerdo de lo que hablamos. Le trajo a la memoria sus sensaciones de niña, y el subconsciente hizo el resto. Mírelo desde ese ángulo y verá que no es nada como para preocuparse.

—¡No fue eso, Harry'! Estaba allí... ¿Cómo podría convencerle?

—No necesita hacerlo. Lo que sí debe hacer es tratar de olvidarlo. Y si el miedo se convierte en obsesión, lo mejor que puede hacer es marcharse de aquí. ¿Tiene casa en Londres?

—No. Llegué de Suiza hace sólo unos días. Estuve con una amiga

mía hasta el momento de emprender el viaje.
—De todos modos, eso puede arreglarse.

Espontáneamente, Jackie apresó las manos de Jordan entre las suyas.
—¿Me llevaría usted consigo, Harry?

—Nada podría hacerme más dichoso, pero pienso que usted debe velar por su reputación. Ahora mismo...
—Ahora mismo me siento segura, Harry.

—¡Pues sí que ha elegido a todo un caballero de la tabla redonda! Nunca fui un héroe, ¿sabe?
—Hablo en serio, créame.

El se sintió envuelto por aquella mirada húmeda, profunda y tierna. Una sensación de sublime plenitud le invadió.
Apretó las manos de la muchacha entre las suyas.

La tibieza de la piel le penetró hasta la sangre y por un instante casi perdió el dominio de sí mismo.

De modo que se echó atrás en su butaca, abandonando las suaves manos de la muchacha y fijando la mirada en el chisporroteo del fuego.

—Tratemos de portarnos con sentido común —masculló, con voz ronca—. Usted es una muchacha tan hermosa como un sueño de adolescente, estamos solos aquí y un hombre tiene un límite de resistencia. Confieso que podría olvidarme de que soy un caballero.

Jackie sonrió.
—¿Y qué sugiere?

—Lo más sensato sería que usted volviera a su habitación, naturalmente.
—Pero es que no quiero volver allí, Harry.

—Entonces, acuéstese en mi cama. Yo me quedaré sentado aquí y velaré su sueño. De todos modos, tampoco podría pegar ojo esta noche. Pero habría que pensar algo para que no descubran que su cuarto está vacío...

—Eso no importa ahora. Además, no creo que a mi tío se le ocurra asomarse para comprobar si estoy allí o no.
—Muy bien, vaya y acuéstese.

—Gracias, Harry. Sabía que podía confiar en usted.

—Ya sabe más que yo, porque ni siquiera ahora estoy muy seguro de mí mismo, así que no siga poniéndome a prueba.

Ella se levantó, y por un instante permaneció en pie delante de él. Luego, con una temblorosa sonrisa, se inclinó poco a poco y sus labios rozaron la boca de Harry produciéndole una sensación de vértigo.

Antes que él pudiera reaccionar, Jackie se apartó.

—No vuelva a hacer eso, Jackie —murmuró, con voz ronca.

La muchacha corrió hacia la cama, se despojó de la bata y en un instante se hubo cubierto hasta la barbilla con las sábanas.

Jordan permaneció donde estaba, saboreando aún el perfume de aquellos labios, el calor que habían dejado en los suyos.

Reinó el silencio, roto solamente por el viento que continuaba aullando más allá de los muros.

Las llamas cedieron y los troncos se convirtieron en brasas rojizas.

La habitación estaba

caldeada y confortable y a pesar de toda su excitación, Harry Jordan se dejó vencer por el sueño.

Dio unas cabezadas, adormilado, con sus pensamientos diluyéndose en una bruma de olvido que borró el tiempo, los temores y las incertidumbres.

Cuando despertó ignoraba el tiempo transcurrido, pero las brasas de la chimenea estaban casi extinguidas y la luz de gas se había apagado.

Fue esa oscuridad lo que le hizo dar un respingo, parpadeando. Instantáneamente, captó lo insólito del silencio, la electrizante sensación que azotaba sus nervios.

Se levantó de un salto, volviéndose hacia la cama, y entonces lo vio.

Quedó petrificado de horror porque ante sí tenía la alta y negra silueta de un hombre extremadamente alto. Aquel ser de pesadilla le daba la espalda, pero podía ver con absoluta nitidez sus siniestros contornos. Se inclinaba ligeramente sobre la cama donde Jackie

dormía con un sueño inquieto y desasosegado.

—¡Apártese de ahí! —exclamó Harry Jordan.

La figura negra se volvió sin prisas. Era imposible captar el menor detalle en medio de la densa oscuridad, pero de pronto, Jordan se encontró sumergido en la oleada de maldad que se desprendía de aque- llos ojos rojizos, capaces de derramar todo el fulgor maligno del infierno.

Quedó paralizado momentáneamente por lo que veía, por la certeza de que aquello no era una pesadilla sino una horrenda certidumbre.

Para colmo, Jackie despertó al oír su voz y descubrió instantáneamente al intruso. Dio un débil grito, incorporándose de un brinco.

—¡Harry! —sollozó.

—¡No te muevas!

Aquella mirada llameante seguía aguijoneándole, penetrándole materialmente hasta el fondo de sus pensamientos. Era un poder diabólico luchando contra su propia voluntad de defender a la muchacha incluso a costa de su propia vida.

Instintivamente, Jordan apartó la mirada de aquellos ojos maléficos. Descubrió al lado de la chimenea los atizadores de hierro, y sin pensarlo se apoderó del más aguzado de ellos.

—¡Atrás! —jadeó—. ¡Fuera de aquí, maldito!

Rodeó la butaca sosteniendo el atizador como si fuera una espada. Sin embargo, el terror culebreó por su espina dorsal al notar que sus movimientos eran lentos y torpes, como si tuviera que avanzar contra un muro que se opusiera a sus deseos.

—¡Maldito! —rugió—. ¡Maldito mil veces, engendro del infierno!

Blandió torpemente el atizador. Era una herramienta que podría haber atravesado a un ser humano de parte a parte casi sin esfuerzo.

Sólo que «aquello» no era un ser humano. De pronto, un brazo surgió de la siniestra silueta y una mano tan negra como el resto se cerró en el extremo puntiagudo del atizador de hierro.

Jordan dio un grito cuando sintió abrasársele la mano. Soltó el

hierro y se echó atrás. Como si flotara en el aire, el atizador estaba ante él... AL ROJO VIVO.

Pero el dolor en la mano había borrado aquella especie de aturdimiento, de torpeza. Se lanzó sobre los otros atizadores y tomando uno asestó un tremendo golpe contra aquella

cosa negra.

Golpeó el hierro que despedía un vivo resplandor rojo, y el atizador puntiagudo saltó por los aires y cayó sobre la alfombra.

Instantáneamente, la alfombra chisporroteó, despidiendo una humareda pestilente. Y cual si se desvaneciera en el aire, la negra silueta del mal desapareció.

Harry nunca supo cómo sucedió. Un instante antes, aquel ser infernal estaba allí, y de repente ya no pudo verlo.

Entonces, Jackie recobró la voz y el movimiento. Dio un grito y saltó de la cama como disparada por un resorte, y corriendo se precipitó entre los brazos de Jordan sollozando histéricamente.

El tenía la mirada fija en la alfombra, allí donde el atizador al rojo había producido una gran quemadura que aún despedía débiles columnitas de humo.

—Ya pasó —balbució, temblando—. Ya se fue, Jackie.

—¡Lo has visto! —chilló la muchacha—. ¡Ahora sabes que es cierto que lo vi, que existe...!
—Sí, lo sé, pero cálmate.

Ella levantó la cara inundada de lágrimas y durante unos segundos los dos se miraron desbordados por el terror. Pero también por otro sentimiento que nacía en lo más profundo de sus corazones.

El la estrechó contra su cuerpo y bruscamente la besó.

Fue como si de pronto abandonaran el terror, la viscosa sensación de aquel mundo de pesadilla, para hundirse abrazados en otro universo nuevo, luminoso, donde sólo existiera el placer y un amor que ardía como una llama viva.

Jordan levantó a Jackie en brazos y la depositó de nuevo sobre la cama. Inclinado sobre ella, musitó:

—No dejaré que te hagan daño, Jackie. Te sacaré de aquí.
—Llévame contigo. Allá donde tú vayas, iré yo.

Volvió a besarla, con los brazos de la muchacha enroscados en torno a su cuello. Era como si de pronto empezara a vivir una vida de la que nunca hubiera tenido noticia.

Ella se removió entre sus manos. Su piel era tibia, suave como la seda, y palpitaba en un desesperado anhelo de amor.

Cuando se hundieron en la vorágine de ese amor ya no hubo ni siquiera el recuerdo del ser infernal que reinaba en el mundo de las tinieblas...

CAPITULO VIII

Había dejado de llover, pero aún aullaba el viento cuando Harry Jordan salió del castillo apenas el alba asomó por encima del bosque.

El frío le hizo arrebujarse en su abrigo. Las sensaciones de la pasada noche estaban aún vivas en su mente y en su corazón.

En parte, eso era lo que le empujaba a averiguar, a saber hasta dónde sus impresiones eran reales.

Anduvo rápidamente hacia el cementerio, escoltado por pálidos jirones de niebla que se arremolinaban empujados por el ventarrón.

Recordaba perfectamente el lugar en que creyó ver a alguien cavando la tierra, y allí se dirigió sin vacilar.

La comprobación de que no se había equivocado le dejó helado. La tierra aparecía revuelta, formando un túmulo inconfundible, libre de hierbajos.

Alguien había excavado una tumba y allí estaba.

La lógica consecuencia de ese descubrimiento le aterró, porque en una tumba sólo se entierra un cadáver, y la forma siniestra como había sido enterrado el ser que probablemente yacía bajo la tierra se prestaba a las más sombrías posibilidades.

Con cautela, pisando allí donde la hierba era más espesa, trató de descubrir las huellas del hombre que viera a la luz del relámpago. No fue una tarea difícil porque la embarrada tierra las había conservado perfectamente claras. Venían y regresaban al castillo sin la menor duda.

Se reafirmó en su idea de sacar a Jackie de aquel antro inmediatamente. Marcharse lejos y olvidar. Pero había algo que mordía su sentido del deber, de ciudadanía: si habían enterrado secretamente a un ser humano, no era descabellado pensar que esa muerte fuera fruto de un crimen.

Localizadas las huellas del siniestro enterrador, Harry Jordan se internó de nuevo en el cementerio asaltado por una súbita sospecha.

Entre las tumbas coronadas por viejas lápidas, en las que apenas podían leerse los nombres y fechas esculpidos en ellas, borrados por

el implacable paso del tiempo, vio también otros túmulos de tierra sin lápida, sin indicación alguna. Y esos amontonamientos de tierra eran mucho más recientes, aunque algunos de ellos estaban ya invadidos por las hierbas.

En consecuencia, más de diez personas habían sido enterradas en poco tiempo en ese cementerio desolado, batido por el viento y abrigado por la niebla.

Jordan volvió allí donde había descubierto las huellas en el barro y empezó a seguirlas. A unos cien metros del castillo se desviaban a la izquierda, bordeaban un grupo de árboles, y, finalmente, terminaban en las losas de piedra que formaban un amplio rellano

en el muro que miraba al oeste.

Harry se detuvo, mirando la poterna de hierro incrustada en aquel muro de piedra grisácea. Después se aproximó a ésta y probó a abrirla, No consiguió ni moverla siquiera.

Estaba férreamente cerrada con llave.

Examinó entonces la cerradura. Era grande, tan antigua como cabía esperar en una puerta maciza como aquélla.

No le cupo ninguna duda de que el enterrador había salido por esa puerta rumbo al cementerio. Recordó la fugaz imagen que vio durante el primer relámpago. Aquella forma extraña moviéndose con torpeza... Seguramente, un hombre cargado con un cadáver.

Pero ¿qué hombre, quién era el enterrador nocturno?

Bordeó el castillo, regresando a su habitación sin provocar ningún ruido. Jackie dormía aún, vencida al fin por las emociones, el terror y la tensión.

Jordan dejó el abrigo sobre el respaldo de una butaca y encendió un cigarrillo. La habitación se había enfriado y con cuidado para no despertar a la muchacha, encendió la lumbre.

Poco después, al volverse, tropezó con la mirada brillante de Jackie. Sonrió.

—¿Te desperté? —dijo, sentándose en la cama, a su lado.

—No. Pero me he sentido feliz al abrir los ojos y verte ahí, cerca de

mí.

La besó y durante unos minutos volvieron a hundirse en el torbellino de un amor que había abatido todas las barreras.
—Te quiero —musitó cuando se separaron.

Ella sólo sonrió. No encontró palabras con que expresar, a su vez, el gran amor que la llenaba a rebosar.

—Debes volver a tu cuarto ahora, amor mío —sugirió Jordan—., No conviene que tu tío descubra que hemos pasado la noche juntos.
—¿Estás decidido a llevarme contigo?
—Ahora más que nunca.

Se besaron una vez más y ella se fue, con su bata flotando en torno.

Jordan cerró la puerta suavemente, y, pensativo, fue a sentarse delante del fuego. Cuando salió a su vez de la habitación, estaba decidido a terminar con la incertidumbre

y, por encima de todo, con una situación que se había hecho ya insostenible.

Descendió la amplia escalera de piedra hasta el reducido comedor donde servían el desayuno. Allí estaba el esquelético mayordomo, preparando la mesa.
Jordan apenas respondió a su saludo.

—Deseo hablar con el señor Kingsdale cuanto antes —dijo, resueltamente—. Por favor, avísele tan pronto se levante.

—Muy bien, señor. ¿Desea algo especial para el desayuno?

—No, sólo café. Y me gustaría que lo sirviera la misma doncella que lo hizo ayer. El mayordomo se irguió, mirándole con su cara inexpresiva.,
—¿Por algún motivo especial, señor? —preguntó.

—Deseo hablar con ella, eso es todo. El hombre asintió y le dejó solo.

Mientras esperaba, Harry se detuvo junto a la ventana para

contemplar, preocupado, las nubes negras y bajas que cubrían el cielo.

Desde esa ventana, el paisaje no podía ser más desolador. Para colmo, a medida que el viento cedía, la niebla se elevaba, espesa y densa como un sucio sudario.

Cuando oyó abrirse la puerta a sus espaldas se volvió en redondo. Si podía hablar a solas con la doncella tal vez fuera posible averiguar parte del misterio que la asustaba.

Sólo que quien entró, cerrando la puerta a sus espaldas, fue el propio George Kingsdale.

—Buenos días —saludó el dueño de la mansión, con una voz que delataba cierta impaciencia—. Acabo de hablar con Marco. Bueno, Marco es mi mayordomo.

—Hace unos minutos estuvo aquí.

—Lo sé., Por lo visto, usted se interesa por una doncella determinada. ¿Puedo saber el motivo, señor Jordan?
—Preferiría hablar con ella primero, señor.

—Eso no va a ser posible. Esa desagradecida nos ha abandonado sin consideración alguna a los trastornos que iba a producirnos, ahora que tenemos invitados..., quiero decir, ahora que usted y mi sobrina se encuentran aquí.

—¿Quiere decir que se despidió?
—Eso es. Dejó una nota y se marchó.

—Es sorprendente, señor Kingsdale.

—¿Por qué sorprendente? Esas chicas vienen y se van muy a menudo. Es un verdadero problema para nosotros, puesto que nos vemos obligados a contratar el servicio en Londres.

—Ella me dijo ayer que deseaba marcharse de aquí, pero que no se lo permitían.

—¿Eso le dijo?
El rostro del dueño del castillo se contrajo en una mueca de cólera.

—Me pidió que la ayudara a escapar.

—Eso no puede ser otra cosa más que un mal entendido. Es cierto que ella me dijo que quería marcharse, pero no se lo permití hasta tener una sustituta, eso es todo. Sólo que por lo visto no ha querido esperar.

—Yo tampoco voy a esperar, señor Kingsdale.

—¿No va a esperar? Temo que no comprendo qué quiere decir exactamente.

—No voy a esperar a terminar el trabajo para el cual vine aquí, eso es todo.

Kingsdale arrugó el ceño. Pareció que necesitaba un gran esfuerzo para recuperar su altiva expresión.

—Es usted libre de dejarnos cuando lo crea oportuno, señor Jordan —dijo, con voz cortante—. Veo que me equivoqué con usted.

—¿En qué sentido?

—Pensé que contrataba a un profesional consecuente, no a un pusilánime sin criterio. Jordan sonrió.

—Usted no me dijo que aquí las sirvientas se esfumaban sin más ni más, ni que un extraño ser de ojos diabólicos se aparecía por las noches, como si fuera capaz de filtrarse por las paredes.

Kingsdale le miró enfurecido.

—¿Cómo es posible que un hombre hecho y derecho dé crédito a las pesadillas de una chiquilla impresionable? —estalló, iracundo—. Que mi sobrina viera fantasmas en sueños, es explicable, pero que...

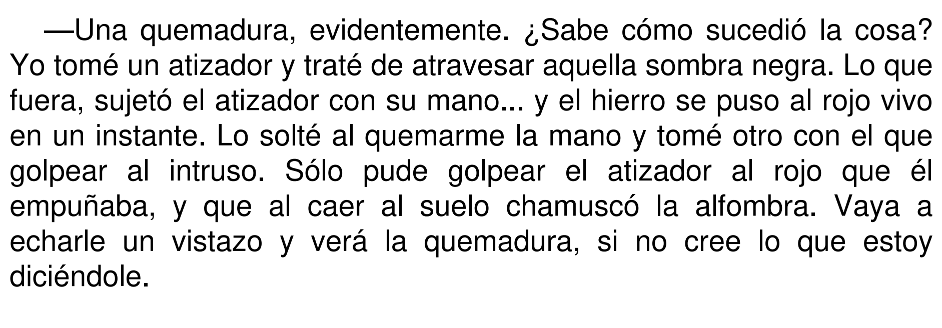
—Yo lo vi anoche, señor, y no fue ninguna pesadilla. Estaba despierto por completo. Kingsdale se quedó lívido.

—¿Que usted vio... el fantasma?

—No sé qué era. De todos modos, existe esa cosa, esa sombra o lo que diablos sea. Mire.

Tendió la mano y mostró la quemadura que tenía en la palma. Kingsdale balbució:

—¿Qué... qué es eso?


—Una quemadura, evidentemente. ¿Sabe cómo sucedió la cosa? Yo tomé un atizador y traté de atravesar aquella sombra negra. Lo que fuera, sujetó el atizador con su mano... y el hierro se puso al rojo vivo en un instante. Lo solté al quemarme la mano y tomé otro con el que golpear al intruso. Sólo pude golpear el atizador al rojo que él empuñaba, y que al caer al suelo chamuscó la alfombra. Vaya a echarle un vistazo y verá la quemadura, si no cree lo que estoy diciéndole.

—¿Dónde sucedió todo eso, si es que sucedió?
—En mi dormitorio, señor Kingsdale.

—No puedo creerlo... En su dormitorio no lo creo.
—¿Por qué no? Vaya y vea la alfombra.

—Tiene una chimenea en la habitación. Pudo producir usted esa quemadura calentando un atizador en el fuego de la chimenea.
—¿Cree que estoy loco para hacer una estupidez semejante?

—No pudo suceder en su cuarto —musitó Kingsdale, como si hablara consigo mismo—. No pudo suceder en la habitación de un hombre...
—¿De qué está hablando?
Kingsdale pareció despertar de un mal sueño. Sacudió la cabeza y gruñó:

—No creo una palabra, de lo que afirma, señor Jordan. De todos modos, podrá marcharse en el instante en que lo desee. Aquí no retenemos a nadie contra su voluntad.

—Me alegra que diga eso, señor, porque su sobrina piensa abandonar también esta casa.

Kingsdale dio un respingo.
—¿Jackie?

—Naturalmente.
—¿Cuándo la ha visto usted?

—Anoche.

Kingsdale pareció a punto de seguir indagando, pero cambiando bruscamente de intención, gruñó una excusa y abandonó la estancia como si le persiguieran.

Tan pronto hubo salido, el mayordomo apareció en el servicio de

café, volviendo a salir inmediatamente.

Harry Jordan tomó la infusión distraídamente. Sentía una profunda inquietud, un desasosiego extraño como no había experimentado en su vida.

Mientras dejaba transcurrir el tiempo en espera de que Jackie apareciera, oyó que de nuevo empezaba a llover con intensidad. El agua se deslizaba por los cristales del ventanal, difuminando la visión del jardín invadido por la niebla.

Maldijo al tiempo y se maldijo a sí mismo por estar tan asustado. Porque estaba asustado, y confesárselo sinceramente no le hacía feliz ni mucho menos.

Jackie no apareció hasta una hora más tarde.

Para entonces, la tormenta retumbaba con un estruendo apocalíptico y la cortina de lluvia era un mar embravecido desplomándose sobre la tierra.

—No podemos irnos, Harry —musitó la muchacha, parada junto al ventanal—. Es imposible atravesar la ciénaga en medio de esta tormenta.

—¿Hablaste con tu tío?

—No. Ni siquiera le he visto esta mañana.

—Qué extraño. Me pareció como si fuera directo a hablar contigo cuando salió de aquí. Le dije que íbamos a marcharnos. No le gustó, a mi modo de ver.

—No puede retenernos, Harry.

—El, no. Pero sí ese maldito tiempo. Aunque si cesa de llover antes de la noche, nos iremos.

Jackeline sonrió forzadamente.

—Tengo la sensación de que Londres se encuentra en otro continente..., en otro mundo lejano. ¿No te sucede lo mismo?

—No quiero pensar en eso —gruñó Jordan—. Vamos a largarnos de aquí en cuanto cese la lluvia. Aunque antes...

—¿Qué ibas a decir? —exclamó Jackie al advertir que él se interrumpía.

—Una tontería. No quiero inquietarte más, así que olvídalo.

—¡Pero quiero saberlo, Harry! Quizá pueda ayudarte...

—¿Te fijaste en la camarera que nos sirvió el café ayer?
—No..., sé que era una muchacha joven. ¿Por qué, tenía algo especial, acaso?

—Tenía miedo. Me pidió que la ayudara a escapar de aquí. Ella dio un respingo.
—¿Escapar, dices?

—Exactamente. Esta mañana pregunté por ella, y tu tío afirmó que se había marchado sin despedirse. Dijo que dejó una nota, pero no me la enseñó.
—Bueno, ¿crees que no fue así?

Jordan dudó entre hablarle de la tumba y la visión que tuvo a la luz del relámpago, o callarse.

Decidió que sólo conseguiría asustarla más y optó por callar. Sólo dijo:

—No sé... Si le impedían marcharse, imagino que no sería tan sólo una prohibición verbal, sino que cerrarían las puertas o algo así.

Jackie no replicó. Inmóvil junto a la ventana, viendo la melancolía de la lluvia y la niebla, parecía abstraída en sus propios pensamientos.
El se colocó a su lado y rodeándole la cintura con su brazo, murmuró:

—Hay algo maligno aquí, Jackie, lo presiento. Es una oscura sensación que nos envuelve. A veces me parece como si una voluntad ajena a la mía quisiera obligarme a hacer algo determinado..., algo de lo que no tengo ni idea.

—Calla, Harry. Ya estoy bastante nerviosa sin que tú acabes de estropearlo.

El la besó suavemente en el cuello. Jackie ladeó la cabeza y le miró por encima del hombro. Sonrió dulcemente.

Jordan no pudo resistir la tentación, y hundiendo la boca en aquellos labios abiertos, se dejó arrastrar una vez más al abismo de pasión que les había unido pocas horas antes.

Ninguno de los dos, absortos como estaban, advirtió el leve

movimiento de la puerta, ni los ojos que les miraban con expresión furiosa.

Los ojos del señor Kingsdale...

CAPITULO IX

En su cuarto, Jordan notaba la creciente impaciencia que le desmoralizaba por momentos, al tiempo que aquella sensación extraña que parecía envolverle con una voluntad ajena también se hacía presente, más poderosa que nunca.

Pensó que necesitaba acción, moverse, hacer algo que descargara aquella tensión creciente.

Sin embargo, la lluvia en los cristales le recordaba constantemente que la salida era imposible, a menos de arriesgarse en las ciénagas.

Jackie lo había repetido durante la comida. Los pantanos eran traicioneros con ese tiempo, y ella apenas recordaba los caminos seguros después de tantos años.

Al fin, Harry Jordan soltó un gruñido de impaciencia y salió de su habitación. Descendió las escaleras de piedra y abriendo la puerta principal dio un vistazo al desolado mundo encharcado que rodeaba el castillo.

Nadie le había visto salir Caminó pegado a los muros hasta la esquina. De allí, con una corta carrera, llegó a un cobertizo donde se guardaban herramientas de jardinería. Eligió una pala y volvió al amparo del ciclópeo muro de piedra, dirigiéndose a la fachada desde la que se distinguía confusamente el cementerio.

Jordan había decidido salir de dudas. Saber, en definitiva, si el cadáver que reposaba en aquella reciente tumba era el de la doncella desaparecida o no.

De modo que, alejándose de la sombría mansión, llegó al cementerio empapado, pero resuelto. La lluvia no era tan espesa como horas antes, pero sí la niebla, más densa a cada minuto.

Comenzó a trabajar rápidamente con la pala. La tierra recién removida estaba blanda, pero terriblemente pesada a causa del agua que la convertía en puro barro.

Cuando la pala tocó algo que no era tierra estaba tan empapado de agua como de sudor. Y entonces, con vivos escalofríos, vio el contorno de una cabeza de largos cabellos, irreconocible a causa del barro que la convertía en una espeluznante momia.

Jadeando, se dejó deslizar en el hoyo y con su propio pañuelo, limpió aquella cara, casi seguro que bajo el barro aparecería el rostro de la doncella que con tanta angustia le pidiera ayuda.

Sólo que en eso se equivocó. No era ella, sino otra mujer que no había visto en su vida. Pero eso importaba poco. La horrenda expresión de aquella cara le ocasionó casi un
dolor físico en el corazón, porque jamás había contemplado nada semejante.

Era como si al morir hubiera estado sufriendo todos los horrores del infierno, todo el dolor del mundo en sus carnes jóvenes que ahora cubría el barro.

Jordan fue incapaz de mover un músculo durante un rato, sobrecogido de espanto por la atroz expresión de aquel rostro, que una vez fuera bello y joven.

De pronto, notó la inconfundible sensación de ser espiado, de que unos ojos estaban fijos en él desde algún lugar.

Levantó la cabeza y miró en torno. Casi lanzó un grito al descubrir la alta y silenciosa figura desdibujada por la niebla, que le contemplaba a diez pasos de distancia.

De modo instintivo, aferró la pala y salió del hoyo con dificultad.

La siniestra figura avanzó como desgajándose materialmente de la bruma que la

envolvía. Una voz conocida dijo:

—Ese no parece un trabajo de su especialidad, señor Jordan. Harry se quedó helado.

—¡Usted! —jadeó—. ¿Qué está haciendo aquí?

Lowell Blaine, el misterioso individuo que quería comprar el cuadro de Satán, esbozó una sonrisa.

—Quería saber de usted. ¿Qué noticias tiene para mí?

—¿Cómo puede pensar en una pintura en estos momentos? ¡Aquí hay una mujer que ha sido enterrada secretamente...!

—Hay bastantes más en las mismas condiciones, Jordan. Va a tener un trabajo ímprobo si quiere desenterrarlas todas.

—¿Qué sabe usted de eso, señor Blaine?

—Todo... y nada. Tampoco quiero saber. No estoy en situación de preocuparme de problemas ajenos al mío. Hábleme del cuadro. ¿Lo ha comprado usted?

—¡Maldito sea el cuadro! —casi gritó Jordan—. ¡Mire esa cara, mírela bien! Blaine se encogió de hombros y pausadamente se asomó al borde de la sepultura.

—Vio lo que ningún ser humano debe ver jamás —murmuró como si hablara para sí mismo—. Acabe de limpiarla de barro, si quiere saber la verdad de este horror.

—Tengo suficiente con ver esta expresión...

—No tiene ni una ligera idea. Ya que ha empezado usted, Jordan, termine su obra. Saque ese cuerpo de ahí. Debe estar desnuda...

—¿Quiere decir que la han enterrado completamente desnuda?

—Eso creo.

Harry volvió a introducirse en la fosa rechinando los dientes de puro furor.

Embarrado hasta el cuello, elevó el cuerpo entre sus brazos y lo depositó sobre la hierba. Tal como dijera el misterioso Blaine, la muchacha estaba desnuda. El agua que caía empezó a licuar el barro y él ayudó con su pañuelo.

De pronto, se echó atrás, sintiendo que se le erizaban los cabellos. Empezó a temblar espasmódicamente, castañeteándole los dientes con tanta violencia que temió que se le rompieran.

Lowell Blaine dijo con voz tranquila:

—Ahora ya lo sabe.

—¿Qué..., qué es lo que ya sé?

No podía apartar la mirada del cuerpo sobre el que se deslizaba el agua, llevándose los últimos vestigios de barro.

Toda la piel era una sucia llaga. Desde el cuello a los pies, la carne estaba chamuscada, quemada, abrasada con negras huellas en forma de manos, como si sobre la piel hubieran aplicado un hierro al rojo que tuviera los contornos de una mano humana.

—¿Con qué le hicieron eso? —casi gimoteó.

—Es la orgía del diablo, Jordan.

—¿Qué?

—¡Tiene que traerme el cuadro! —exclamó Blaine, con voz impaciente—. ¡Ahora más que nunca!

—Mire, el cuadro no está en ninguna parte. Averigüé dónde había estado colgado, pero

ya no está allí.

—¡Está en Kingsdale Manor, Jordan!

Harry sacudió la cabeza.

—Entonces, debe estar oculto en alguna parte. Y si lo han escondido significa que no piensan venderlo, de modo que no puedo hacer nada por usted. Le devolveré su dinero, señor Blaine.

—¡No quiero el dinero! Al contrario, Jordan; le daré más..., todo el que quiera, pero tiene que encontrar la pintura a toda costa.

—¿Está diciéndome que robe el cuadro?

—¡Si!

—Está loco. O se ha equivocado conmigo. Soy un tasador de obras de arte, no un ladrón.

Bruscamente, Blaine se colocó a su lado y los huesudos dedos de su mano se engarfiaron en el brazo de Jordan, semejantes a una garra.

—¡Tiene que hacerlo! —barbotó—. Ahora ya no se trata de mí.., ¡Maldito sea yo! Es por esa mujer, por todas las otras mujeres que están enterradas aquí y por las que van a morir si no terminamos con esta pesadilla infernal.

Harry Jordan no comprendía...

—¿Qué tiene que ver el cuadro con esas muertes?

—Todo. El cuadro es el poder.

—No entiendo nada, Blaine, nada en absoluto. Y suélteme, me hace daño.

—Disculpe...

—Admito que ese cuadro pueda ser terriblemente importante para usted, y si es así, respóndame a una pregunta si puede. ¿Por qué no

va a buscarlo usted, por qué no lo compra, o lo roba si está dispuesto a eso?

—No puedo explicarle lo que usted no creería jamás. Pero le diré que si yo pusiera los pies en Kingsdale Manor, sufriría la misma suerte que esta desgraciada. Sería destruido y condenado al horror eterno. ¡No puedo entrar en ese infierno! ¿Es que no quiere entenderlo? La única manera de acabar con todo este horrendo carnaval de muerte es trayéndome el cuadro. ¡Consiga la pintura de Satán, y todo habrá terminado!

—Si eso es cierto...

—¡Tiene que creerme! ¡Incluso su amiga, Jackeline Douglas Kingsdale está en peligro! Hágalo por ella, Jordan. Destruya esa maldición antes de que la maldición les destruya a ustedes.

—Aunque sea cierto..., ¿cómo puedo saber dónde está oculta esa pintura?

—No puede estar oculta.

De pronto, Blaine levantó la cabeza y tendió la mirada a través de' la niebla hacia el inmenso caserón.

—La poterna —murmuró—. Alguien ha salido por ella.

—¿Está seguro?

—Sí..., he oído ese maldito ruido decenas de veces... Retroceda, ocúltese entre los árboles. Ha sido una torpeza dejar esta tumba al descubierto..., yo debí pensar en eso. ¡Ocúltese!

Temblando, Jordan obedeció. Tras un grueso tronco, vio cómo Blaine retrocedía

también, esfumándose entre la espesa niebla, como si se desvaneciera en el aire.

Esperó casi conteniendo el aliento, con una sensación de vacío en el alma, porque en medio de la niebla y del miedo, Jordan sentíase como perdido en un universo lúgubre y vacío.

De pronto, destacando entre el chapoteo de la lluvia, oyó el rumor inconfundible de unos pies que avanzaban trabajosamente en medio del barro. Instantes después, apareció una forma monstruosa que, al destacarse al fin de la niebla, resultó un hombre cargado con un cuerpo inerte sobre los hombros.

El hombre era el mayordomo llamado Marco. El cuerpo, por lo que Jordan pudo ver, era de una mujer joven, desnuda y abrasada como la que él había desenterrado.

Marco se balanceaba bajo el peso del cadáver. Así llegó a unos pasos de la tumba abierta, y del cuerpo bañado de lluvia y tendido sobre la hierba.

Sufrió tal sobresalto que el cadáver que llevaba al hombro, se le escapó de las manos y cayó al suelo. El permaneció unos largos instantes inmovilizado por la sorpresa.

Jordan le oyó soltar una seca maldición. Luego, dio media vuelta iniciando una apresurada retirada.

No llegó muy lejos. Como si se materializara a su lado, la alta y elástica silueta de Lowell Blaine surgió de la bruma y le atrapó ferozmente por el cuello.

Marco gritó con voz ahogada, debatiéndose salvajemente entre aquellas garras que le ahogaban. Logró incluso girar sobre sus pies... y entonces vio a su atacante, y el aullido que emitió puso los pelos de punta a Jordan.

Luego, el cuerpo de Marco se relajó bajo la tremenda presa de aquellas manos implacables. Blaine lo arrastró igual que un fardo, llegó al borde de la fosa abierta y lo arrojó dentro.

Jordan salió de su escondite tan aturdido que apenas encontró voz con que indagar:

—¿Lo ha matado?

—Sí.

—¡Pero eso es un crimen, señor Blaine!

—En el caso de usted, Jordan, es autodefensa. Ese maldito esbirro iba a dar la voz de alarma.

—Pero...

—Escuche y déjese de remordimientos. El ha salido por la poterna de hierro. No tiene ninguna llave en sus ropas, de modo que debe haberla dejado en la cerradura. Ahora tiene usted la oportunidad de entrar allí...

Todos los cadáveres han sido sacados siempre por ese mismo lugar...

Entre allí, Jordan, y busque la pintura.

—¡Maldita sea! Lo haré si con eso acabamos con semejante pesadilla...

—No puedo permanecer más tiempo aquí. Si encuentra el retrato de Satán, llévelo a la posada si no me encuentra a mí en este lugar.

—¿A la posada? No podré encontrar el camino en medio de la niebla. Blaine le miró a los ojos, con aquella mirada aguda y penetrante.

—No tema —musitó—. Usted sólo habrá de caminar... será guiado para que no sufra ningún accidente.

Inmediatamente, el misterioso Lowell Blaine giró sobre los pies y se fue,

desapareciendo en medio de la niebla.

Estupefacto, Jordan dio una mirada al cadáver que Marco había traído.

No se sorprendió al reconocer a la bonita doncella desaparecida. Pero sí se horrorizó de nuevo ante el espantoso estado de aquel cuerpo abrasado, como si lo hubieran manoseado con una manopla de hierro ai rojo vivo...

Rechinando los dientes de cólera, se encaminó al castillo, dispuesto a penetrar por aquella pequeña poterna de hierro que, según dijera Blaine, sólo servía para sacar los cadáveres de las muchachas sacrificadas en una muerte horrenda...

CAPITULO X

George Kingsdale se detuvo junto a la puerta de la habitación y gruñó, exasperado:

—¡Yo no te pedí que vinieras! Ni siquiera te autoricé a dejar el internado. No me reproches ahora tus pesadillas, ya que estás aquí.

Jackie no se amilanó por el tono duro de su tío.

—No te reprocho nada, todo lo que te digo es que voy a marcharme con Harry Jordan tan pronto cese la lluvia o levante la niebla. No permaneceré aquí ni un minuto más de los precisos, tío George, porque tú sabes bien que ocurre algo siniestro en esta casa.

—¡No ocurre nada! Ella sacudió la cabeza.

—Eres absurdo, tío. Yo vi... Pero más vale dejarlo. No conseguiremos nada discutiendo tú y yo.

—No vamos a discutir. Sólo recuerda que te he dado una orden. No salgas de este cuarto sin mi permiso. ¡No te muevas de aquí! Y te aseguro que es una orden formal, y que si la desobedeces, vas a arrepentirte.

Seguidamente, abrió la puerta y salió, cerrando a sus espaldas.

Pero lo que hizo dar un salto a la muchacha, fue oír cómo giraba una llave en la cerradura. Luego, los pasos rápidos de su tío se alejaron.

Corrió a la puerta y probó el tirador. Estaba firmemente cerrada con llave por la parte exterior.

Asustada, permaneció inmóvil un buen rato, tratando de serenarse, de pensar en una manera de huir de ese encierro.

Tal vez Jordan acudiera a buscarla... El abriría la puerta. ¿O no?

Inclinándose, atisbo por la cerradura. Jordan no podría abrirla, porque Kingsdale se había llevado consigo la gruesa llave.
El miedo dejó paso a la indignación, y ésta a la cólera.

Jackie inició un rápido examen de la habitación. No cabía pensar en la ventana, porque estaba demasiado alta, pero ahora estaba más resuelta que nunca a abandonar ese cuarto, y el siniestro caserón.

Había que abrir la puerta para conseguir todo eso...

Al fin atrapó un puntiagudo atizador de hierro, de los que flanqueaban la chimenea, y con la punta, empezó a hurgar en la cerradura.

Le llevó casi quince minutos hacerla saltar, pero cuando lo consiguió, apenas pudo contener un grito de triunfo.

Abrió la puerta y salió al pasillo. Ni siquiera se dio cuenta de que aún conservaba el atizador en la mano.

Avanzó rápidamente hacia las escaleras y tras asegurarse de que no había nadie abajo, descendió al vestíbulo.

De pronto oyó pasos, a su derecha. De un salto, se ocultó tras el voladizo de la escalera. Vio a su tío cómo se detenía junto a la puerta que daba al exterior y examinaba la cerradura. Tras esto, dio vuelta a la llave y quitándola de la puerta, se fue escaleras arriba.

Latiéndole el corazón con extremada violencia, Jackie retrocedió hasta la puerta que

tenia a sus espaldas y corrió a la cocina.

No había nadie allí, de modo que trató de salir por la puerta que comunicaba con el jardín posterior. Estaba cerrada y no vio la llave por ningún sitio.

Perpleja, recorrió el pasillo en penumbra llamando a la cocinera. No obtuvo ninguna respuesta.

Luego, de pronto, se detuvo asombrada, porque estaba delante de una puerta oscura que no recordaba haber visto nunca allí, al final de aquel pasillo.

Pensó que su tío debía haber reformado esa parte de la casa. Por debajo de la puerta se dibujaba una línea de luz. Resueltamente, empujó la puerta y se coló dentro de aquella estancia, cerrando a sus espaldas.

Dio un grito al descubrir el terrible cuadro colgado en la pared. Recordó en un instante sus pesadillas de niña, el terror que siempre experimentara ante aquella imagen que parecía desprender raudales de maldad infinita.

Aquellos ojos rojizos... Dio un respingo al darse cuenta de que eran los mismos ojos de fuego que viera en el negro personaje de las apariciones nocturnas.

Apartó la mirada con terror y asco a un tiempo, porque aquella mirada no sólo era maligna, sino que producía la sensación de que la desnudaba impúdicamente bajo su hechizo, bajo el poder de sus dominantes ojos.

Entonces descubrió el hermoso espejo de marco dorado. Nunca antes lo había visto en la casa. No recordaba que en su anterior estancia allí hubiera un espejo parecido a ese que tenía delante.

Instintivamente, se deslizó de costado hasta que su imagen quedó reflejada en el cristal. Se sobresaltó al descubrir que seguía empuñando el atizador como si fuera un estoque.

Pegada de espaldas a la pared, su imagen reflejada en el espejo cobraba una extraña claridad, a pesar de la distancia que la separaba de él. La distancia de todo lo ancho de la habitación cubierta por negros tapices.

De pronto, notó que sus nervios se relajaban. Sus dedos soltaron el atizador y se sintió extrañamente tranquila y feliz. Feliz de ver su hermoso rostro en el cristal, la perfecta suavidad de sus líneas de mujer pletórica de encantos, rebosante de vitalidad.

Era cierto que tenía un cuerpo hermoso, con todos los atributos de mujer en plena sazón.

Dios unos pasos hacia el espejo, admirándose a sí misma con pasión. Nunca antes se había dado cuenta de lo hermosa que era, hasta verse reflejada en ese espejo maravilloso.

Sintió la imperiosa necesidad de admirarse por entero, de verse sin

trabas, tal como era; admirar la sublime belleza de su cuerpo.

Comenzó a quitarse el vestido con toda normalidad, con gestos perfectamente tranquilos y naturales. Lo dejó caer a sus pies y la emprendió con los botones de la larga enagua, que también se deslizó al suelo con un leve *frú-frú* de seda.

Dio dos pasos más hacia el espejo. Se sonrió a su imagen y resueltamente, acabó de quitarse todas -las prendas íntimas.

Su soberbia belleza pareció resplandecer con una aureola de una belleza increíble, reflejada en el cristal.

Jackie se sentía ligera, feliz y completamente satisfecha de su arrebatadora hermosura. Iba a dar otro paso hacia el espejo, quería admirarse más y más...

A un lado, el negro tapiz del muro se agitó con violencia, como si alguien se debatiera tras él.

Ajena a ese movimiento, Jackie dio otro paso. Suspiró con plenitud. Sus pechos erguidos acusaron su respiración alterada.

En aquel instante, el espejo pareció empañarse suavemente..., como si una ligera neblina apareciera allí, envolviendo la divina imagen desnuda.

El tapiz negro se alzó y Harry Jordan apareció, mirando alelado a la muchacha desnuda.

—¡Jackie! —jadeó casi sin voz.

Ella no pareció oírle. Dio otro paso hacia su imagen, que iba diluyéndose infinitamente despacio en el espejo.

Jordan descubrió el cuadro en la pared y sintió un profundo terror culebrearle por los nervios. Luego, miró al espejo.

Y recordó.

Las palabras de Lowell Blaine repercutieron en, su cerebro como un trueno:

—MANTENGANSE ALEJADOS DEL ESPEJO MALDITO, O CONOCERAN TODOS LOS HORRORES DEL INFIERNO.

—¡JACKIE! —rugió.

Ella estaba a un paso del cristal.

No le oía. No le veía. Parecía flotar en el espacio...

Jordan dio un tremendo salto y *se* arrojó contra ella.

Chocaron con tremenda violencia y los dos rodaron por el suelo, enzarzados en un embrollo de brazos y piernas. Jackie empezó a gritar. El la levantó en vilo, estremecido al sentir el cuerpo desnudo en las manos.

—¡Jackie! ¿Qué te ocurre? ¡Jackie...!

Ella le miró como si no le viera. Jordan la empujó hacia la pared y al fin ella dio un largo suspiro y se miró de arriba abajo.
—¡Harry! ¿Qué..., qué me has hecho?
—Estabas así..., no sé qué te sucedía...

—¡Oh, Dios mío!
Se precipitó a donde estaban sus ropas. Jordan volvió a atraparla de un zarpazo y gritó:

—¡Ponte sólo el vestido! Tenemos que huir de aquí inmediatamente..., sólo el vestido, por lo que más quieras.

Ella obedeció. El espejo volvía a estar brillante, y como iluminado desde su propio interior.

Jordan evitó mirarlo, impaciente.
—¡Aprisa, aprisa!

Mientras ella se pasaba el vestido por la cabeza, él se acercó al siniestro cuadro.
—¡Espantoso! —murmuró—. ¡Pero el artista era un genio, para pintar algo así...!

De pronto, su voz se quebró, porque acababa de descubrir la firma del lienzo, y una fecha.

La firma rezaba: LOWELL BLAINE.

La fecha indicaba que el cuadro había sido pintado en el año 1787. ¡Cien años atrás!

Justo, un siglo antes.

Jordan temió que estuviera volviéndose loco.

Bruscamente, reaccionando, agarró el grueso marco y lo descolgó de la pared. Sintió un tremendo calor en todo el cuerpo, una sensación de vértigo, como si aquella salvaje mirada maligna quisiera dominarlo...

—¡Aprisa, Jackie!
La oyó gritar y se volvió en redondo.

En la puerta abierta, el señor Kingsdale les amenazaba con una pistola.

—¡Maldito! —ladró el dueño del castillo—. ¡Mil veces maldito! ¿Qué se proponía hacer con la pintura del maestro?

—
¿Maestro?
Jackie
susurró:
—¡Tío George...!

—Te dije que no salieras de tu cuarto. No quisiste obedecer..., ahora ya le perteneces, porque viniste aquí. Eres suya, y mía...
Jordan se apartó del cuadro y trató de cubrir a Jackie con su propio cuerpo.

—¡Déjela en paz! —rugió—. ¡Es su propia sobrina, maldito sea! ¿No se da cuenta? Es sangre de su sangre, loco de los demonios.
—Ya no es nada, sólo otra vestal más.
Jordan sintió una oleada de furor incontenible.

—¿Las llama vestales? —gritó—. ¡Yo he visto lo que hacen con ellas! He visto a la doncella desaparecida... ¡Asesino!

—Tiene usted el cerebro de un mosquito..., no comprende nada y por eso debe morir, para que todo siga así hasta el fin de los tiempos. Este siglo inicia el reinado de Satán, pobre infeliz. ¿Puede comprenderlo? No, en absoluto..., 110 tiene imaginación suficiente para comprender el gran triunfo...

Le vieron levantar la pistola. Por un instante, Kingsdale desvió la mirada para dirigirla a la imagen del Príncipe de las Tinieblas.

—Tú has vencido —susurró' Kingsdale.

Jordan se tiró al suelo, sus dedos se cerraron en torno al atizador abandonado por Jackeline, y casi con el mismo movimiento, lo arrojó con todas sus fuerzas contra el hombre que significaba la muerte.

Quiso que el atizador lo golpeara con fuerza, para hacerle soltar la pistola. Pero el hierro zumbó en el aire y, con un siniestro chasquido, se hundió en el costado de Kingsdale casi atravesándolo de parte a parte.

Jackie empezó a chillar, horrorizada. Kingsdale se tambaleó con una desorbitada mirada en sus ojos de demente..., la pistola se desprendió de sus dedos y al fin, con un largo, horrible estertor, se desplomó de bruces.

Jordan señaló el tapiz y gritó:

—¡Corre, Jackie! Hay un pasillo ahí atrás..., síguelo hasta que salgas al exterior.
—¿Y tú, qué vas a hacer?

—Te seguiré..., pero no pierdas ni un segundo...

Ella levantó el tapiz, vio el pasadizo y echó a correr por él.

Jordan volvió a apoderarse del cuadro. Pesaba mucho más de lo que cabía esperar de una simple pintura, pero no podía entretenerse librándolo del marco, así que cargando con él, se precipitó por el pasillo oculto en pos de la muchacha...

CAPITULO XI

Se detuvieron al borde de la ciénaga, empapados de lluvia, envueltos por la densa niebla.
Jackie sollozó:

—¡Nunca lo conseguiremos, Harry! Es imposible avanzar a ciegas, sin hundirse en el pantano... No puedo guiarte, no puedo dar un paso más...

El sostenía el cuadro con dificultad. Le parecía que a cada segundo que pasaba pesaba más.
—El dijo que yo sólo debía caminar..., que me guiarían en la ciénaga...
—¿Quién dijo eso?

—Blaine.
—¿Quién es Blaine?

—Te juro que no lo sé, pero hemos de seguir..., llegar a la posada, porque ahora creo que el poder del mal nos acecha, tal vez lo llevamos con nosotros, sólo Blaine sabe cómo destruirlo.

—Nadie puede caminar por las ciénagas con esta niebla. Ni ese Blaine ni nadie. Estamos atrapados, Harry...
El suspiró.

—Desgarra un trozo de tu vestido, Jackie.
—¿Para qué? No llevo nada más debajo, ¿lo olvidaste?

—Eso no importa ahora. Desgarra un trozo como si fuera una cuerda. ¡Aprisa! Seguiré el consejo de Blaine..., caminaré, pero tú tienes que seguir pegada a mí.

La urgencia de la voz de Jordan no admitía réplica. Jackie atrapó la parte baja del vestido, y con un esfuerzo desgarró una tira a todo alrededor de la falda.

—Ahora, sujeta un extremo a mi cinturón, y tú podrás seguirme los pasos si no sueltas el otro. ¿Entiendes, Jackie?
—Sí...

—Ahora, él dijo que yo sólo debía caminar..., caminar. Bueno, que el cielo nos guíe. Echó a andar resueltamente. La niebla pareció engullirlos.

Jordan se tambaleaba bajo el enorme peso creciente del cuadro. Tras él, la muchacha gimoteaba llena de pavor, porque no ignoraba la horrible muerte que les aguardaba si sus pies se hundían en la ciénaga. Les atraparía, y durante un tiempo eterno serían engullidos por el barro que gorgoteaba como un ser hambriento y vivo.

El gruñó:

—¡Ese maldito cuadro..., apenas puedo con él...! ¿Qué está pasando? ¡Pesa un horror...!

—¿Ves el camino, Harry?
—No veo ni mis propios pies, pero seguimos...

Y seguían. Jordan sentía que aquello no era nada de este mundo. No gobernaba sus propios pasos, no gobernaba siquiera sus ideas. Su cerebro había dejado de funcionar, convirtiéndole en una máquina, un autómata que adelantaba paso a paso como por inercia.
De todos modos, sus pies se hundían una y otra vez en el barrizal en que estaba

convertida la tierra, encharcada por la persistente lluvia. Cada paso era una tortura, y el peso del cuadro..., y la muchacha sujeta al extremo de la tela, exhausta, casi cayéndose de puro pánico y de cansancio...

—¡Sigue, Jackie..., no te sueltes...! —jadeó en medio de una niebla que se cerraba en torno suyo, cual una masa gigantesca y sólida que era difícil de atravesar.

Oyó sollozar a la muchacha. Era una tortura infinita..., la niebla les sujetaba con sus dedos viscosos, adquiría formas fantasmales, horrendas, susurraba palabras que jamás oyera ser humano alguno...

El cerebro inerte de Jordan repetía:
—¡Camina, camina..., camina, camina...!

Y él andaba. A trompicones, abatido por el peso del cuadro y de la extraña niebla, pero continuaba adelante. Veía fantasmales resplandores rojos aquí y allá, difuminados por la espesa bruma.

Y de pronto, la posada apareció ante sus ojos atónitos.

No sabía cómo habían llegado allí. No sabía tampoco cuántas

horas estuvieron caminando a ciegas, como muertos errantes.

Jordan soltó el cuadro, que quedó apoyado en el tronco de un árbol, y volviéndose, encerró a la muchacha entre sus brazos.
—Lo conseguimos, Jackie... ¡Estamos a salvo!

Ella empezó a llorar mansamente, abrazada a él, mientras Jordan la besaba arrebatado de excitación. Saboreaba el triunfo, el sabor de las lágrimas, el aliento de aquella mujer que ya era su propia vida.

Ajenos a la lluvia que continuaba empapándoles hasta los huesos, hubieran podido permanecer allí toda la noche.

Pero Jackie temblaba tan violentamente, que él la apartó con suavidad y señaló la puerta.
—Vamos, habrá una buena lumbre ahí dentro.

La posadera estuvo a punto de desmayarse cuando les vio aparecer con aquel aspecto. El barro les cubría por completo, mientras de sus cuerpos chorreaba el agua, formando un charco en el suelo.

Jordan dejó el cuadro apoyado en la pared, de modo que la imagen quedara oculta, y con una forzada sonrisa, balbució:
—Vamos a dejarle perdido el local, señora...

—¡Dios! ¿De dónde salen ustedes? Porque no me dirán que han atravesado las ciénagas con esta niebla...
—De allí venimos. De Kingsdale Manor.
—¡Imposible!
—Prepare té bien caliente, por favor. Y un poco de coñac, si es posible.

Se aproximaron a la lumbre. El calor del fuego les reanimó. Se miraron como sorprendidos de verse allí, vivos, apasionadamente enamorados, pero sobre todo, vivos.
—¿No estamos soñando, Harry? —musitó la muchacha.

—En todo caso, es un bello sueño, no una pesadilla. La pesadilla la dejamos atrás.

—Quisiera saber qué pasó realmente —musitó Jackie de pronto—. ¿Crees que me desnudé yo misma?

—No lo sé, supongo que sí, porque tus ropas estaban en el suelo,

intactas. Nadie empleó la violencia para quitártelas.

—Entonces, debía estar hechizada, ¿no crees? Aunque eso es absurdo.

—No pienses más en ello. Ahora estamos juntos, sanos y salvos.

—¿Qué vas a hacer con el cuadro, Harry? No comprendo por qué cargaste con él..., todo el camino.

—No lo sé. Blaine quiere comprarlo, aunque maldito si sé con qué intención.

—Has pronunciado ese nombre varias veces... Blaine. ¿Quién es en realidad, Harry?

—Yo, señorita Douglas.

Se volvieron en redondo, sobresaltados.

Lowell Blaine estaba allí, erguido, bajo su capa negra y mirándoles con sus ojos fulgurantes.

La muchacha se estremeció. Jordan dijo:

—He traído el cuadro, señor Blaine.

—Lo sé.

—Pero ha sido una experiencia horrible. Espero que me dará usted una explicación a todo este horror, señor Blaine, o como quiera que se llame.

—Mi nombre es Lowell Blaine.

—Ya veo... Un descendiente del formidable pintor que creó ese cuadro.

—No, Jordan..., no soy ningún descendiente de mí mismo. Yo pinté ese diabólico engendro.

Jackie le miró y estuvo a punto de echarse a reír. Harry gruñó:

—Por favor, no pretenda burlarse de nosotros. Recuerde que hemos arriesgado la vida por traer aquí esa pintura. Vi la firma, y es ciertamente la de Lowell Blaine. Pero también la fecha, y está pintado hace un siglo..., hace cien años, señor. Y usted no tiene más de cuarenta.

Blaine suspiró.

—No espero que crean nada de cuanto diga, y es posible que sea

bueno callar.

La posadera apareció con el servicio de té, unas copas y una botella de buen coñac. Se sorprendió no poco al ver al sombrío personaje.

—No oí la campanilla de la puerta —exclamó—. ¿Va a tomar también el té con coñac, señor?
—No..., un poco de vino en todo caso, gracias.

No habló hasta que la buena mujer hubo servido también el vino, regresando después al interior del establecimiento.

Jackie saboreó el té caliente. Jordan le sirvió un poco de coñac.
—Eso te reanimará... Bebe.

El también apuró su taza. Blaine no tocó el vino.
—¿Y bien, señor Blaine?

—Yo pinté ese cuadro —insistió sin pasión alguna en su voz—. Fue una locura, porque el orgullo me ensoberbecía por aquel tiempo, y el señor Kingsdale se reía de mí cuando discutíamos de temas tan sombríos como la existencia de Satán. Yo juré que era capaz de pintar un retrato del Príncipe de las Tinieblas, si éste quería hacerme el honor de posar

para mí... Kingsdale se desternillaba de risa.
—Eso puedo entenderlo. Cualquiera con sentido común, se habría reído.

—Me facilitó un estudio en el propio castillo. Dijo que allí podría crear mi obra maestra... ¡Maldito sea! La creé.
—¿Va a decirme que Satán posó para usted?
—No lo sé.

—¿Cómo se explica eso?

—Yo pinté lo que mi mano quiso... ¡Mi mano, señor Jordan! Pero mi cerebro, mi genio, no intervino para nada. No sé cómo pude realizar esa obra...
—No entiendo nada. O la pintó o no la pintó. Es así de sencillo.

—Bien, reduciendo el problema a esa dimensión, sí, yo pinté el cuadro. Kingsdale se quedó helado al verlo terminado. Entonces...

—¿Sí?

—Encontré la carta. Alguien la había colocado en el caballete durante la noche. Decía que yo había creado una obra maestra, la obra definitiva, y que como premio viviría mientras viviera mi obra. Pero si alguna vez volvía a poner los pies en Kingsdale Manor, sería destruido.

—Increíble.

—Era cierto, Jordan. Ahora sé toda la verdad. Kingsdale Manor encierra el horror más absoluto, la puerta negra de un poder que puede destruir el mundo..., gracias a mis manos, a mis pinceles... Gracias a mi obra maestra.

—¿Y qué piensa hacer ahora con ella?
Una extraña mueca distendió la cara de Blaine.

—Van a verlo, Jordan.

Fue hacia la pintura y la apartó de la pared. Ni por un instante volvió el cuadro de cara. Mantuvo la siniestra imagen reproducida allí de cara a la pared, fue a la chimenea, y metiendo el cuadro en ella, avivó el fuego.

Jordan estaba mudo de estupor. Jackie empezaba a pensar que tenían que habérselas con un pobre demente.

Entonces, el fuego prendió en la tela y se oyó un sordo rugido cuando las llamas saltaron hacia lo alto, como si de repente se hubiera derramado un bidón de petróleo en la lumbre.

Todos se echaron atrás, espantados. El fuego rugía de un modo terrible mientras consumía la tela, el marco:.., la obra maestra de un ignorado genio de la pintura.

Luego, el fuego se aplacó. Sólo quedaron las cenizas del marco y de la tela, y los troncos chisporroteando.

—Kingsdale Manor ya no existe, Jordan —susurró Blaine casi sin voz.
—¿Qué quiere decir?

—Ha ardido al mismo tiempo que el cuadro..., se ha cerrado la puerta negra del infierno..., para siempre...
—¡BLAINE!

Jackie emitió un chillido horrible.

Blaine estaba envejeciendo velozmente. Su piel se convertía en algo semejante a pergamino viejo. Sus ojos se habían apagado. Algunos dientes se desprendieron de sus

resecas encías...
Aún le oyeron susurrar:

—Al fin..., el descanso..., la paz eterna...

Se desplomó. Mechones de cabellos volaron alrededor de su cabeza hasta dejarla pelada como una bola arrugada, amarillenta y descompuesta.

Todo el cuerpo se contrajo de súbito, empequeñeciéndose, desintegrándose ante sus horrorizados ojos.

Y de pronto no quedó nada, excepto un polvillo grisáceo, la última materia de un cadáver de cien años.

Temblando, entrechocándole los dientes, Jackie se echó en brazos de Jordan, ocultando la cara en su hombro para contener los sollozos y huir de aquel espanto.

Sorprendido en medio de su horror, Jordan se dio cuenta de que ese espanto, ese infierno, les había abierto a él y a Jackie las puertas del paraíso.

F I N



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.